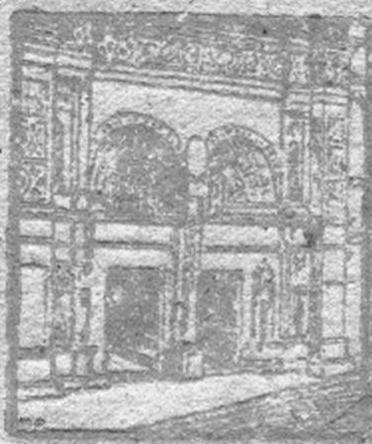


SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ

POESÍAS



M A D R I D - 1 9 2 0



SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ

POESÍAS



MADRID - 1920

9150-0
Diz



BNPH 4
POL PV
R0861.3
U75P
1920

10 OCT. 1973

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Copyright, 1920, by Pedro Henríquez Ureña.

908061e.3

TIPOGRÁFICA «EUROPA». — PIZARRO, 16, MADRID



SUMARIO

SALOMÉ UREÑA DE HENRIQUEZ. IX

A LA PATRIA

RECUERDOS A UN PROSCRITO	I
LA GLORIA DEL PROGRESO.	4
A LOS DOMINICANOS.	8
A LA PATRIA.	11
DIEZ Y SEIS DE AGOSTO.	14
HOMENAJE A BILLINI.	17
RUINAS	20
27 DE FEBRERO.	23
LA LLEGADA DEL INVIERNO.	26
LA FE EN EL PORVENIR.	28
EN LA MUERTE DE ESPAILLAT	31
A QUISQUEYA	35
HECATOMBE.	39
A MI PATRIA.	43

v

Reg. No.



10-10-93
Compra

COLÓN	47
A LA MÚSICA.	53
EL CANTAR DE MIS CANTARES.	57
SUEÑOS	61
LUZ	64
SOMBRAS	67
MI OFRENDA A LA PATRIA.	70

PÁGINAS ÍNTIMAS

MELANCOLÍA.	77
¡PADRE MÍO!	80
QUEJAS	83
A MI MADRE	86
VESPERTINA.	88
EN EL NACIMIENTO DE MI PRIMOGÉNITO.	92
EN HORAS DE ANGUSTIA.	95
¿QUÉ ES PATRIA?.	98
TRISTEZAS.	101
ANGUSTIAS	103
¡ADELANTE!.	105
PAGINAS ÍNTIMAS: UMBRA. — RESURREXIT.. . . .	107
MI PEDRO.	109

VARIA

UNA ESPERANZA	113
EL AVE Y EL NIDO.	115
IMPRESIONES	117



EN DEFENSA DE LA SOCIEDAD	120
LA TRANSFIGURACIÓN.	126
VÍCTOR HUGO.	131
¡POBRE NIÑO!	132
EN LA MUERTE DE F. X. BILLINI	133
MI ÓBOLO.	135
FE.	138
¡TIERRA!	140



SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ

Salomé Ureña de Henríquez nació en Santo Domingo, capital de la República Dominicana, el 21 de octubre de 1850. Sus padres: Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875) y Gregoria Díaz y León (1819-1914). Nunca salió de su país. Durante su infancia no asistió a otras escuelas que las de primeras letras, únicas abiertas entonces a las mujeres; pero su padre, poeta discreto y abogado de buena reputación, que ocupó puestos de senador y de magistrado, le dió la mejor educación literaria que allí podía alcanzarse en aquellos años: fundamento de ella fué la lectura de los clásicos castellanos.

Nunca escribió mucho. Comenzó a componer versos a los quince años; a los diez y siete comenzó a publicarlos bajo el seudónimo de Herminia; desde 1874 los publica siempre con su firma. Ya para entonces llamaban la atención en Santo Domingo, y aun en países vecinos, las composiciones patrióticas en que predicaba paz y progreso. Paz y progreso fueron sus temas desde 1873 hasta 1880; y la constancia de su prédica le conquistó la admiración y el afecto de aquel pueblo que, vegetando en pobre vida patriarcal interrumpida por desastrosas

guerras civiles, había luchado desesperadamente durante ochenta años por conservar su carácter de pueblo de lengua castellana y de civilización española, y aspiraba, fortalecido por los recuerdos de su ilustre pasado colonial, a existir nuevamente como factor de cultura en América. La preocupación patriótica llegó a sobreponerse a toda otra idea en el espíritu de la joven poetisa: la literatura fué para ella consideración secundaria junto al deseo de hacer llegar su prédica a la conciencia de toda la nación. Servir fué para ella, como para el poeta griego, la aspiración única. El país premió su devoción dedicándole como homenaje, en 1878, una medalla costada por suscripción popular. ()*

Durante los años de 1878 y 1879 se dedicó a completar metódicamente su cultura científica y literaria, bajo la dirección de Francisco Henríquez y Carvajal. Con él contrajo matrimonio el 11 de febrero de 1880.

En 1881 sus esperanzas patrióticas sufren grave decepción: el gobierno de Meriño, de cuyas singulares dotes de inteligencia y de cultura se esperaba mucho, fracasa moralmente al creerse obligado a medidas de fuerza para mantenerse en el poder; el fracaso era augurio de nuevas tiranías... La poetisa escribe Sombras, y, sin proponérselo, desde entonces compone y publica versos raras veces.

Entretanto había llegado a la República el pensador antillano Eugenio María Hostos, y se le había encomendado la organización de la Escuela Normal en la ciudad de Santo Domingo (1880): Francisco Henríquez y

(*) ¡Fué un contagio sublime! Muchedumbre de almas adolescentes la seguía al viaje inaccesible de la cumbre que su palabra ardiente prometía...

GASTÓN F. DELIGNE, ¡Muerta!

Carvajal fué uno de sus colaboradores más activos. Salomé Ureña, que acababa de decir adiós a sus ilusiones juveniles de poetisa patriótica, emprende ahora nueva labor constructora: se convierte en educadora de la mujer, y funda, en noviembre de 1881, el Instituto de Señoritas, primer plantel femenino de enseñanza superior que ha existido en el país. En medio de dificultades, como plantel particular en que las alumnas pagaban muy poco o no pagaban, el Instituto vivió doce años (hasta diciembre de 1893): las alumnas que de él salieron han difundido la instrucción de la mujer en el sur de la República Dominicana.

Como magno acontecimiento se saludó, en abril de 1887, la investidura de las seis primeras maestras: Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano, Ana Josefa Puello, Mercedes Laura Aguiar, Allagracia Henríquez Perdomo, Catalina Pou. Para aquella ocasión Salomé Ureña de Henríquez rompió su silencio y escribió la historia de sus aspiraciones y de sus esfuerzos en Mi ofrenda a la Patria:

*¡Hace ya tanto tiempo! Silenciosa,
si indiferente no, Patria bendita,
yo he seguido la lucha fatigosa
con que llevas de bien tu ansia infinita...*

*Te miro en el comienzo del camino,
clavada siempre allí la inmóvil planta...*

De su matrimonio tuvo cuatro hijos: Francisco, Pedro, Max y Camila. A su hogar dedicó la mayor parte de las poesías que compuso desde 1881 hasta su muerte, y que a menudo dejaba inéditas largo tiempo. Fuera de esas composiciones, y de Mi ofrenda a la Patria, sólo escribió otras ocho.

Minada su salud por el trabajo cuando se decidió a cerrar el Instituto de Señoritas, no logró recobrarla;

vivió tres años más, y murió en su ciudad natal el 6 de Marzo de 1897. Su muerte fué duelo de todo el país. Está enterrada en el templo de las Mercedes, en cuyo convento ejerció de maestro Tirso de Molina.



No se incluyen en la presente edición todas las producciones de Salomé Ureña de Henríquez; se han omitido poco más de veinte composiciones, escritas en su mayor parte durante la primera juventud, y el poema Anacaona, escrito en 1879. Se han omitido también los trabajos en prosa (discursos y cartas), que se procurará reunir en pequeño volumen más adelante.

El texto de las poesías ha sido objeto de especial atención. Las ligeras modificaciones que en él se adviertan comparándolo con el que generalmente se conoce fueron indicadas por la autora durante los últimos años de su vida o están autorizadas por la existencia de dos versiones de una composición: por ejemplo, A los dominicanos y A la Patria, en que ha parecido adecuado restaurar frases expresivas que se encuentran en las versiones de 1874, corregidas en 1880. Sólo en dos o tres casos, en que el texto parecía estragado en la trasmisión, se han introducido retoques, con la esperanza de acercarse a lo que realmente haya escrito la autora.



BIBLIOGRAFÍA: Las poesías de Salomé Ureña de Henríquez se publicaron generalmente en periódicos de Santo Domingo; a veces, por excepción, aparecían por primera vez en Cuba. Las publicaciones dominicanas que recogen el mayor número de ellas son El Estudio, órgano de la Sociedad «Amigos del País», de 1878 a 1881, y Letras y Ciencias, de 1892 a 1898.

La antología Lira de Quisqueya (Santo Domingo, 1874) recogió cerca de diez composiciones suyas. El tomo de Poesías de Salomé Ureña de Henríquez (Santo Domingo, 1880), que lleva prólogo de Meriño y una biografía firmada por la Sociedad «Amigos del País» y escrita por José Lamarche, contiene treinta y tres composiciones y el poema Anacaona. De aquéllas se han omitido nueve en la edición actual.

CONSULTAR: artículos de Nicolás Heredia y M. de J. de Peña y Reinoso (1874); homenajes publicados en *El Estudio* (1878 y 1879) con ocasión de la fiesta de la medalla (Federico Henríquez y Carvajal, José Dubeau, Pablo Pumarol, Juan Isidro Ortea, y otros); artículo de Lola Rodríguez de Tió (1880); folleto *El Instituto de Señoritas y la Escuela Normal de Santo Domingo (Santo Domingo, 1887)*; Federico García Godoy, artículo en *Recuerdos y opiniones (Santo Domingo, 1888)*; folleto *Reseña histórico-crítica de la poesía de Santo Domingo (Santo Domingo, 1892)*, que acompañaba a las poesías de autores dominicanos enviadas a la Real Academia Española para su Antología de poetas hispano-americanos por la Comisión designada por el gobierno (Salomé Ureña de Henríquez, Francisco Gregorio Billini, Federico Henríquez y Carvajal, José Pantaleón Castillo y César Nicolás Penson); Marcelino Menéndez y Pelayo, *introducción a la Antología de poetas hispano-americanos (Madrid, 1893-1895)*, ahora reimpressa con el título de *Historia de la poesía hispano-americana*; artículo de Rafael A. Deligne (Pepe Cándido), 1893; artículos de Leonor Feltz y Mercedes Laura Aguiar, 1896; poesías y trabajos en prosa, 1897 y 1898, recogidos principalmente en *Los lunes del Listín* y en *Letras y Ciencias (Francisco Henríquez y Carvajal, Félix María del Monte, Manuel de J. Galván, M. de J. de Peña y Reinoso, José Joaquín Pérez, Miguel Angel Garrido, Emi-*

lio Prud'homme, José Dubeau, Gaston F. y Rafael A. Deligne, Virginia Ortea, Mercedes Laura Aguiar, Luisa O. Pellerano de Henríquez, Arturo Pellerano Castro, Bartolomé Olegario Pérez, y muchos más); Américo Lugo, *Bibliografía* (Santo Domingo, 1906); Eugenio M. Hostos, artículo Salomé Ureña de Henríquez *en el libro* Meditando (Paris, 1909); Rubén Darío, artículo Literatura dominicana *en* Letras (Paris, 1911); Francisco García Calderón, Les démocraties latines de l'Amérique (Paris, 1912), capítulo sobre la evolución intelectual; Alfred Coester, Literary History of Spanish America (Nueva York, 1916); Federico García Godoy, La literatura dominicana, *en la* Revue Hispanique, de Paris, 1916.

A LA PATRIA

RECUERDOS A UN PROSCRITO

Al Sr. D. Alejandro Román.

¡OH Patria, voz divina, sublime y dulce nombre,
a cuyo acento el alma palpita de emoción;
palabra sacrosanta que encierras para el hombre
cuanto hay aquí en el mundo de grato al corazón!

Tú guardas de mi infancia las risas hechiceras;
tú guardas el idilio del maternal amor;
aquí ensayó mi lira sus cánticas primeras;
aquí entregó a los vientos sus notas de dolor.

Así, aunque de otras playas jamás me vi en la arena
ni de otros horizontes las líneas contemplé,
concibo del proscrito la abrumadora pena,
y su mortal angustia por tu ascendiente sé.

Y sé cuán dulce llega, al pecho dolorido
del que entre ajenos lares la suerte desterró,
un eco, una memoria del suelo bendecido
do el beso de una madre primero recibió.

Por eso yo un recuerdo te mando enternecida,
a ti que solo vagas, proscrito del edén
que guarda tus afectos, la historia de tu vida,
que guarda de mi vida las páginas también.

Momentos hay que triste parece que te miro
vagar meditabundo, sumido en ansiedad,
y envuelta una memoria del alma en un suspiro
temblando entre la brisa te manda mi amistad.

Si alguna vez tu frente se dobla pensativa
con pena recordando tus goces y tu hogar,
también los que aquí siempre te amamos con fe viva
tenemos horas lentas de triste meditar.

¡Si vieras, caro amigo, si vieras qué mudanza
el tiempo y los dolores obraron en mi ser!
¡Si vieras cuánto sueño de gloria y esperanza
mi mente sorprendida miró desvanecer!

¡Ay, cuántas, cuántas veces en mi dolor vehemente
tu ausencia ha deplorado mi triste corazón!
Pensaba que tú fueras aquí mi confidente
y hallara en tus palabras consuelo mi aficción.

Mas ¡ah! que tras de tantos recónditos pesares
como de angustia el alma transida devoró,
volver seguro debes a tus amantes lares,
al suelo bendecido que nunca te olvidó.

Y entonces contemplando, ya libre de congojas,
de nuestros verdes campos la pompa tropical,
oyendo los deliquios del aura con las hojas,
gozando de las aves la música ideal,

así como a la sombra contara a sus amigos
el hijo de los bosques la historia de su amor,
así bajo las palmas, de tu placer testigos,
nos contarás tu ausencia, tus horas de dolor.

Y entonces te diremos con lánguida ternura
también nuestros dolores, que harán te conmovér;
y entonces, sólo entonces, sabrás nuestra amargura
y nuestras horas lentas de lento padecer.

En tanto, sólo puede mi afecto dilatado
mandarte una protesta sincera de su fe;
decirte que, del alma por siempre venerado,
doquiera tu recuerdo conmigo llevaré.

¡Adiós! Cuando discurra la brisa bulliciosa,
rumores de la Patria fingiéndote al pasar,
entonces en mí piensa, que, siempre cariñosa,
te mando entre sus alas recuerdos del hogar.

LA GLORIA DEL PROGRESO (*)

A la sociedad «La Juventud».

NO basta a un pueblo libre
la corona ceñirse de valiente;
no importa, no, que cuente
orgulloso mil páginas de gloria,
ni que la lira del poeta vibre
sus hechos pregonando y su victoria,
cuando sobre sus lauros se adormece
y al progreso no mira,
e, insensible a los bienes que le ofrece,
de sabio el nombre a merecer no aspira.

El mundo se conmueve
cual de una fuerza mágica impulsado;
el progreso su luz extiende breve
desde la zona ardiente al mar helado
y vida y movimiento a todo imprime.

(*) Fue la primera composición en que la autora expresó su ansia patriótica de progreso. A pesar de los defectos juveniles que en ella se advierten, fué muy elogiada en la prensa de las Antillas.

Por eso las naciones convocadas
en lucha tan sublime
dispútanse agrupadas
el lauro insigne del saber divino
y cada pueblo aspira
a llenar con honor su alto destino.
Lucha sublime, sí, donde se mira
en héroe convertido al ciudadano
ceñir triunfante la inmortal corona,
desde el pobre artesano
que en su taller humilde se aprisiona
hasta el genio que escala el firmamento
y fija al ígneo sol su inmoble asiento.

Contemplad al que atento y cuidadoso
se desvela en su estancia, retirado,
indagando la ciencia. Al que afanoso
sorprende los secretos de natura,
y con mano segura
al lienzo los traslada trasportado.
Mirad al que, domando
del mármol o del bronce la dureza,
de forma le reviste y de belleza;
al hábil arquitecto que elevando
hasta el cielo la cúpula gigante,
sublime y arrogante,
parece desafiar del tiempo cano
la destructora acción. Ved al que ufano
el ánimo sorprende y maravilla

trocando fácil con su diestra mano
en deslumbrante vidrio humilde arcilla;
al incansable obrero
que sobre su telar constante vela,
que sin cesar se afana,
y con prolijo esmero
hace que de algodón o tosca lana
brote bajo sus dedos rica tela;
al que tenaz horada las montañas
y en sus rudas entrañas
abre a la industria salvadora senda;
al que su rica hacienda
no consume en estéril opulencia,
y con afán loable
acorre presuroso a la indigencia,
y el pan de la instrucción le brinda afable.
Mirad al que a su imperio
hace que salve el líquido elemento
y atraviese, más rápida que el viento,
la palabra veloz otro hemisferio.
Miradlos todos, vedlos agrupados
oponer una valla al retroceso:
ellos son los guerreros denodados
que forman la vanguardia del progreso.

¡Oh, dichosás mil veces las naciones
cuyos nobles campeones,
deponiendo la espada vengadora
de la civil contienda asoladora,

anhelan de la paz en dulce calma
conquistar del saber la insigne palma
Esa del genio inmarcesible gloria
es el laurel más santo,
es la sola victoria
que sin dolor registrará la historia
porque escrita no está con sangre y llanto.

¡Oh juventud, que de la Patria mía
eres honor y orgullo y esperanza!
Ella entusiasta su esplendor te fía,
en pos de gloria al porvenir te lanza.
Haz que de ese profundo
y letárgico sueño se levante,
y, entre el aplauso inteligente, al mundo
el gran *hosanna* del Progreso cante.

1873.

A LOS DOMINICANOS

LOS que anheláis del templo de la gloria
la Patria levantar a lo eminente;
que supisteis luchar heroicamente
por darle en los anales de la historia
el renombre de un pueblo independiente,

venid y saludad la nueva aurora
que baña en luz la dilatada esfera;
saludad la celeste mensajera
que en nombre de la unión, que el libre adora,
abre del bien la suspirada era.

Y vosotros que el cáliz de amargura
distantes apuráis de vuestros lares,
salvad gozosos los tendidos mares,
volved a saludar en la llanura
de la Antilla preciada los palmares.

Volad a recibir el tierno abrazo
de la madre amorosa que os dió vida,
y juradle con voz enternecida,

cuando os miréis en su feliz regazo,
darle otra vez la majestad perdida.

Todos venid, y en fraternal alianza
estrechad vuestros nobles corazones,
reprimid de la guerra las pasiones,
y revivan, al sol de la esperanza,
del patriota las dulces ilusiones.

Y pues grandes ayer en Capotillo
asombro fuisteis a la hispana gente,
aún reclama el esfuerzo del valiente
para dar a sus triunfos nuevo brillo
Quisqueya la gentil, la independiente.

Mas deponed la poderosa espada
con que abríis el camino a la victoria;
guardadla, de hechos grandes en memoria:
que en esta nueva singular cruzada
no será de las armas la alta gloria.

Unidos, con intrépida constancia,
el firme pecho de virtud seguro,
salvad triunfantes el altivo muro
que levanta en su orgullo la ignorancia,
y arrancad al error su cetro impuro.

Ya os brinda el triunfo su gloriosa palma
¡oh de mi Patria nobles campeones!

Atónitas os miran las naciones
al progreso elevar en grata calma
con honra y libertad nuevos pendones.

Dando al olvido vuestro ciego encono,
al ara de la paz tended la mano,
y con vivo entusiasmo soberano
asegurad en su perdido trono
a la reina del piélago antillano.

Enero 1874.

A LA PATRIA (*)

DESGARRA, Patria mía, el manto que vilmente,
sobre tus hombros puso la bárbara crueldad;
levanta ya del polvo la ensangrentada frente,
y entona el himno santo de unión y libertad.

Levántate a ceñirte la púrpura de gloria
¡oh tú, la predilecta del mundo de Colón!
Tu rango soberano dispútale a la historia,
demándale a la fama tu lauro y tu blasón.

Y pídele a tus hijos, llamados a unión santa,
te labren de virtudes grandioso pedestal,
do afirmes para siempre la poderosa planta,
mostrando a las naciones su título inmortal.

Y deja, Patria amada, que en el sonoro viento
se mezclen a los tuyos mis himnos de placer;
permite que celebre tu dicha y tu contento,
cual lamenté contigo tu acerbo padecer.

(*) La autora publicó estos alejandrinos con la siguiente nota: «Esta composición no alude a hechos de tal o cual gobierno determinado, pues desde nuestra independencia política principió a ensayarse el bárbaro sistema que reprochamos.»

Yo vi a tus propios hijos uncirte al férreo yugo,
haciéndote instrumento de su venganza cruel;
por cetro te pusieron el hacha del verdugo,
y fúnebres cipreses formaron tu dosel.

Y luego los miraste proscritos, errabundos,
por playas extranjeras llorosos divagar;
y tristes y abatidos los ojos moribundos
te vi volver al cielo cansados de llorar.

Tú sabes cuántas veces con tu dolor aciago
lloré tu desventura, lloré tu destrucción,
así cual de sus muros la ruina y el estrago
lloraron otro tiempo las hijas de Sión.

Y sabes que, cual ellas, colgué de tus palmares
el arpa con que quise tus hechos discantar,
porque al mirar sin tregua correr tu sangre a mares
no pude ni un acorde sonido preludiar.

Mas hoy que ya parece renaces a otra vida,
con santo regocijo descuelgo mi laúd,
para decir al mundo, si te juzgó vencida,
que, fénix, resucitas con nueva juventud;

que ostentas ya por cetro del libre el estandarte
y por dosel tu cielo de nácar y zafir,
y vas con el progreso, que vuela a iluminarte,
en pos del que te halaga brillante porvenir;

que ya tus nuevos hijos se abrazan como hermanos,
y juran devolverte tu augusta dignidad,
y entre ellos no se encuentran ni siervos ni tiranos,
y paz y bien nos brindan unión y libertad.

¡Oh Patria idolatrada! Ceñida de alta gloria
prepárate a ser reina del mundo de Colón:
tu rango soberano te guarda ya la historia,
la fama te presenta tu lauro y tu blasón.

1874.

DIEZ Y SEIS DE AGOSTO

TENDIDA muellemente
sobre su lecho de flotante espuma,
sin ver la densa bruma
que el cielo de sus glorias envolvía,
Quisqueya, en abandono, indiferente,
al rumor de sus olas se adormía.

Y, en su fugaz letargo,
no vió de la ambición la hidra gigante
por un metal brillante
honor sacrificando y patriotismo,
un porvenir en esperanzas largo
hundir ¡oh Dios! en el profundo abismo.

Cual fatigado atleta
cayó de libertad la fiel divisa;
del trópico la brisa
triste plegó sus alas sin mancilla,
por no agitar, al discurrir inquieta,
el pabellón extraño de Castilla.

Del libre la alta palma
destrozada inclinó la erguida frente;

el pecho del valiente
de secreto dolor se estremecía;
Quisqueya, en tanto, en aparente calma,
al rumor de sus olas se adormía.

Mas, de arrogancia lleno,
dicta el ibero servidumbre y muerte
por ley al pueblo fuerte,
y Quisqueya sacude su desmayo
al oprimir su delicado seno
el arnés de los hijos de Pelayo.

Levántase indignada
buscando el lema con su sangre escrito;
y a su potente grito,
presintiendo el baldón de su fortuna,
temblaron las legiones que en Granada
miraron a sus pies la media luna.

Osténtase en la liza
de la Cruz el magnífico oriflama;
en pos de eterna fama
se agrupan a su sombra mil leales,
cuyos triunfos, que el tiempo inmortaliza,
fatigaron los ecos nacionales.

Y el grito de victoria
se extendió por el valle y la montaña,
y en vano, en vano España



sofocarlo intentó con su bravura:
que Quisqueya en los campos de la gloria
a su orgullo cavó tumba segura.

Y cual ejemplo fiero
y escarmiento tal vez de otras naciones,
por tierra los pendones,
confusas, destrozadas y vencidas,
vuelta la faz al aterrado ibero,
devolvióle sus huestes aguerridas.

¡Honor, eterna gloria
de Agosto a los gigantes adalides,
que en desiguales lides,
luchando con la fe del patriotismo,
la grandeza volvieron a su historia,
dando ruda lección al despotismo!

De lauros mil ceñida
por ellos hoy la Patria alza la frente,
y con afán ardiente,
bañada por el sol de la esperanza,
en pos de nueva luz, de nueva vida,
al porvenir intrépida se lanza.

1874.

HOMENAJE A BILLINI (*)

DE admiración henchida,
al sacro fuego que mi mente inflama,
levanto conmovida
un himno fiel de gratitud sentida
que tu ejemplar abnegación reclama.

Que si mi pobre lira
calla ante el vicio y la maldad del hombre,
siempre lo grande admira;
y pues que digna tu virtud me inspira,
quiero en mis trovas celebrar tu nombre:

tu nombre bendecido,
que adora el pueblo fiel dominicano,
y siempre repetido
se escucha con amor del desvalido,
del niño tierno, del inerme anciano;

(*) El canónigo Francisco Xavier Billini, fundador del Colegio de San Luis Gonzaga y del Hospicio de Beneficencia.

tu nombre, que venera
la nueva juventud que se levanta,
de quien la Patria espera
ciencia y honor y gloria duradera,
fruto del germen que tu celo planta.

Tú, con afán ardiente,
un templo elevas al saber amigo,
y la razón naciente
corre a buscar de la instrucción la fuente
bajo tu dulce paternal abrigo.

Y lleno de entereza
vas preparando, por tu amor llevado,
un trono de grandeza
al porvenir que a vislumbrar empieza
este suelo de luz infortunado.

¡Espíritu sediento
que en pos del bien y la virtud caminas!
En triste abatimiento
nunca se torne el vigoroso aliento
que te da impulso en tu misión divina.

Tan ejemplar desvelo
bien de los hombres y alto honor merece;
pero tu noble anhelo
tiende más lejos su gigante vuelo,
y albergue y pan a la indigencia ofrece.

¡Genio de paz sublime
que alivio das con tus virtudes bellas
al que en angustia gimel
A cada paso que tu planta imprime
dejas grabadas de tu amor las huellas.

Ministro digno y santo
del Dios de caridad omnipotente,
que calmas el quebranto
y das consuelo al llanto
de la afligida humanidad doliente:

si grato es a tu alma
el respeto de un pueblo que te admira,
contempla en dulce calma
de tanto afán la merecida palma
y oye el aplauso que tu nombre inspira.

Escucha en tu alabanza
la voz de gratitud que al cielo sube,
y el himno de esperanza
que alza la Patria y hasta Dios avanza
como de incienso vaporosa nube.

1875.

RUINAS (*)

MEMORIAS venerandas de otros días,
soberbios monumentos,
del pasado esplendor reliquias frías,
donde el arte vertió sus fantasías,
donde el alma expresó sus pensamientos:

al veros ¡ay! con rapidez que pasma
por la angustiada mente
que sueña con la gloria y se entusiasma
discurre como alígero fantasma
la bella historia de otra edad luciente.

¡Oh Quisqueya! Las ciencias agrupadas
te alzaron en sus hombros
del mundo a las atónitas miradas;
y hoy nos cuenta tus glorias olvidadas
la brisa que solloza en tus escombros.

(*) Habla de las ruinas de la Universidad, de los conventos y de los palacios de la época colonial, la época en que Santo Domingo se ufanaba llamándose Atenas del Nuevo Mundo.

Ayer, cuando las artes florecientes
su imperio aquí fijaron,
y creaciones tuvistes eminentes,
fuiste pasmo y asombro de las gentes,
y la Atenas moderna te llamaron.

Águila audaz que rápida tendiste
tus alas al vacío
y por sobre las nubes te meciste:
¿por qué te miro desolada y triste?
¿dó está de tu grandeza el poderío?

Vinieron años de amarguras tantas,
de tanta servidumbre,
que hoy esa historia al recordar te espantas,
porque inerme, de un dueño ante las plantas,
humillada te vió la muchedumbre.

Y las artes entonces, inactivas,
murieron en tu suelo,
se abatieron tus cúpulas altivas,
y las ciencias tendieron, fugitivas,
a otras regiones, con dolor, su vuelo.

¡Oh mi Antilla infeliz que el alma adora!
Doquiera que la vista
ávida gira en tu entusiasmo ahora,
una ruina denuncia acusadora
las muertas glorias de tu genio artista.

¡Patria desventurada! ¿Qué anatema
cayó sobre tu frente?
Levanta ya de tu indolencia extrema:
la hora sonó de redención suprema
y ¡ay, si desmayas en la lid presentel

Pero vano temor: ya decidida
hacia el futuro avanzas;
ya del sueño despiertas a la vida,
y a la gloria te vas engrandecida
en alas de risueñas esperanzas.

Lucha, insiste, tus títulos reclama:
que el fuego de tu zona
preste a tu genio su potente llama,
y entre el aplauso que te dé la fama
vuelve a ceñirte la triunfal corona.

Que mientras sueño para ti una palma,
y al porvenir caminas,
no más se oprimirá de angustia el alma
cuando contemple en la callada calma
la majestad solemne de tus ruinas.

1876.

27 DE FEBRERO

¡OH fecha generosa
que el patriota saluda y reverencia;
en que libre flotara victoriosa
la enseña de la patria independencía!

En que a la voz de fama,
de *Dios y Libertad*, el fuerte acero
requiriendo a la lid, que el pecho inflama,
triunfar o perecer juró el guerrero.

Y la servil librea
al desechar audaz, con ira santa,
entre aplausos de asombro, gigantea,
espléndida, Quisqueya se levanta.

¡Venciste, oh Dios, qué gloriol
Venciste, Patria, y tu preclaro nombre
con destellos de luz graba la historia,
y te tributa admiración el hombre.

Mas ¡ah! ¿piensas que basta
ese triunfo de hazañas y grandezas?
¡A más altura tu bandera enasta!
De otra lucha te aguardan las proezas.

Convoca tus legiones,
no ya al festín de la matanza fiera,
sino a la santa lid de las naciones
donde el talento vencedor impera;

donde el soldado errante
su ingénito valor, su fuerza augusta,
templa del orden al respeto amante
y del trabajo en la gallarda justa.

Tus campos sin cultivo,
que se dilatan bajo un sol de fuego,
en su vigor aguardan primitivo
de fecundante paz el blando riego.

Aguardan, del celoso
y activo agricultor, vastos plantíos
que tu crédito alzando poderoso
te den aliento y esperanza y bríos.

De la segur al filo
dobleguen la cerviz tus selvas graves,
para dar a los pueblos un asilo,
vida al comercio, y a los puertos naves.

¡Ay, abre nuevas sendas;
que se levanta el sol, y el iris raya,
y el progreso benéfico sus tiendas
viene a sentar en tu desierta playal

Acoge al huésped regio
que a ti se acerca recorriendo climas,
y albergue digno a su esplendor egregio
presurosa levántale en tus cimas.

Acude, que la suerte
le conduce feliz a tus regiones;
y grande, y libre, y poderosa, y fuerte,
de la industria llevando los blasones,

la que hoy en tus baluartes
enseña nacional la brisa ondea,
tremolando en el templo de las artes,
de nueva gloria monumento sea.

Febrero de 1877.


LA LLEGADA DEL INVIERNO

LLEGA en buen hora, mas no presumas
ser de estos valles regio señor,
que en el espacio mueren tus brumas
cuando del seno de las espumas
emerge el astro de esta región.

En otros climas, a tus rigores
pierden los campos gala y matiz,
paran las aguas con sus rumores,
no hay luz ni brisas, mueren las flores,
huyen las aves a otro confin.

En mi adorada gentil Quisqueya,
cuando el otoño pasando va,
la vista en vano busca tu huella:
que en esta zona feliz descuella
perenne encanto primaveral.

Que en sus contornos el verde llano,
que en su eminencia la cumbre azul,
la gala ostentan que al suelo indiano
con rica pompa viste el verano
y un sol de fuego baña de luz.

Y en esos campos donde atesora
naturaleza tanto primor,
bajo esa lumbre que el cielo dora,
tiende el arroyo su onda sonora
y alzan las aves tierna canción.

Nunca abandonan las golondrinas
por otras playas mi hogar feliz:
que en anchas grutas al mar vecinas
su nido arrullan, de algas marinas,
rumor de espumas y auras de abril.

Aquí no hay noches aterradoras
que horror al pobre ni angustia den,
ni el fuego ansiando pasa las horas
de las estufas restauradoras
que otras regiones han menester.

Pasa ligero, llega a otros climas
donde tus brumas tiendas audaz,
donde tus huellas de muerte imprimas,
que aunque amenaces mis altas cimas
y aunque pretendas tu cetro alzar,

siempre mis aguas tendrán rumores,
blancas espumas mi mar azul,
mis tiernas aves cantos de amores,
gala mis campos, vida mis flores,
mi ambiente aromas, mi esfera luz.

LA FE EN EL PORVENIR

A la sociedad «Amigos del País».

CUAL gladiador valiente
que al circo peligroso se abalanza
y lidia tenazmente,
trémulo de valor y de esperanza,
y sólo oesa en la tremenda lucha
cuando aclamarse vencedor escucha;
tal, de entusiasmo llena,
se lanza audaz la juventud fogosa
con pecho firme en la vital arena.
El alma generosa,
de impaciencia y ardor estremecida,
rasgar intenta del futuro el velo,
penetrar los misterios de la vida,
salvar los mundos, escalar el cielo.

Eterna soñadora
de triunfos y grandezas inmortales,
con viva luz sus horizontes dora.
Decidle que ideales

son los portentos que su mente crea,
que es vana la esperanza que la agita:
triunfante al orbe mostrará su idea
si le infunde valor la fe bendita.

¡Ah, no la detengáis! Dejad que ardiente
de su noble ambición el rumbo siga;
dejadla al cielo levantar la frente;
dejad que un rayo de esa lumbre amiga
su corazón encienda,
y la veréis inquebrantable, osada,
por el honor y la virtud llevada,
lauros segar en su espinosa senda.

Si el arte peregrino
con sus prodigios mágicos la alienta,
dejadla proseguir en su camino;
que allá a lo lejos brilladora palma
un futuro de gloria le presenta,
y a conquistarla volará su alma.

Si al campo de la ciencia
con entusiasta admiración la guía
ansiosa de saber su inteligencia,
espacio dadle, y triunfadora un día
veréis cuál se levanta,
leyes dictando a la creación entera,
la tierra a sujetar bajo su planta
y a medir de los astros la carrera.

Dejadla proseguir. ¡Ay del que nunca
sintió inflamarse en entusiasmo santo,
y de la Patria la esperanza trunca!
Miserable existir, inútil vida
la que se aduerme en el error, en tanto
que en lucha activa se estremece el mundo,
siguiendo tras la luz apetecida
de gloria y bienestar germen fecundo.

Avanza ¡oh juventud! lucha, conquista
del bien supremo la eminente cumbre,
tiende al futuro la impaciente vista,
y a la fulgente lumbre
que allá te muestra tu inmortal anhelo,
con la virtud por guía,
sigue inspirada de tu mente el vuelo
y llévete doquieras tu osadía.

Atleta infatigable,
del bien y el mal en la contienda ruda,
te alzarás invencible, formidable,
si el entusiasmo, si la fe te escuda.
Que atraviese tu voz el aire vago
las almas convocando a la victoria:
tuya es la lucha del presente aciago,
tuya será del porvenir la gloria.

EN LA MUERTE DE ESPAILLAT

¿QUÉ acento de amargura,
del Yaque hasta el Ozama, en raudo vuelo,
cruza en el viento que gimiendo pasa?
¿Qué nueva infausta difundir procura?
¿Qué nuevo desconsuelo,
qué angustia nueva el corazón traspasa
y a Quisqueya infeliz cubre de duelo?

Nuncio de muerte y luto
que al alma libre estremeciendo llega
y una lágrima fiel pide en tributo;
llanto de amor con que la tumba riega
del hombre esclarecido
el pueblo en sus entrañas conmovido.

Sí, que la noche eterna
cayó sobre la frente del patriota,
del alma inmaculada y grande y tierna:
por eso el llanto de los ojos brota,

y la Patria laméntase, no en vano,
y acongojada en su dolor se agita:
que ha perdido el deber un ciudadano,
y un defensor la libertad bendita.

¡Oh Patria sin ventural
¡Cómo sucumben los que el pecho fuerte
supieron con bravura
exponer en defensa de tu suerte!
¡Cómo sucumbe el adalid preclaro
que a restaurar tus fueros
en tus horas de triste desamparo
a salvarte voló con los primeros!
Soldado de la Patria generoso,
nunca rindió su corazón honrado,
de honores ni de mando codicioso.
Si el triunfo deseado
su esfuerzo coronó, su heroico empeño,
gozarlo quiso en el hogar tranquilo,
y de sí mismo y de sus obras dueño,
haciendo el bien sin esperar renombre,
a la par le siguieron en su asilo
la admiración y la maldad del hombre.

¡Ah, cómo yaces desolada y triste,
oh Patria de los grandes, oh Quisqueyal
¡Cómo en tu frente que la sombra viste
la desgracia y el mal graban su huella!
Abate el pabellón de las victorias,

que se desploman con fragor violento
las soberbias columnas de tus glorias.
Y el que fué timbre tuyo y ornamento
no habita ya tus lares,
ejemplo a las virtudes militares;
ni ya su diestra mueve
la pluma que dictó consejos sabios,
ni más responde a la calumnia aleve
con la paz y el perdón sobre los labios.

Quisqueya, tú que un día
le alzaste en triunfo a presidir tu suerte
y admiraste su honor y su hidalguía,
vén, y en su tumba vierte
las lágrimas de amor, las bendiciones
que merecen los grandes corazones.
Inclínate y escucha:
del seno de esa tumba esclarecida
se eleva conmovida
voz que la unión y la concordia clama,
y los males deplora de tu lucha,
y al goce de la paz tus hijos llama.
Restaña tus heridas,
de la civil discordia fruto aciago;
levanta tus miradas abatidas;
mira del porvenir el fiero amago
que amenaza tal vez con golpes ciertos
convertir tus ciudades en desiertos
y tus campiñas en sangriento lago.

¡Ah! Si el dolor pudiera
del yugo redimirte con que fiera
la furia del error tu frente oprime,
de tus timbres gloriosos en ultraje,
hoy ofrecieras al varón sublime
la paz del porvenir en homenaje.

¡Y no! Que sorda al ruego
la senda propia del abismo marcas,
pábulo dando al devorante fuego
que consume tus fértiles comarcas.
Mas yo, que en mi quebranto
la esperanza del bien para ti aliento,
y conmovida tus victorias canto
y tu dolor lamento,
sigo esperando con tenaz porfía
de paz el claro día
y rindo al justo en despedida eterna
de ardiente gratitud lágrima tierna.

1878.

A QUISQUEYA

¿SERÁ que al grito solo
del combate feroz estremecida
valor y fuerza y vida
despliegues ¡ay! con insensato alarde,
mientras cunde la luz de polo a polo
y en noble sed el universo arde?

¿No sientes cuál se agita
en sus cimientos conmovido el orbe,
y sin traba que estorbe
del genio activo el vigoroso vuelo,
en pos de la verdad se precipita,
de la ignorancia desgarrando el velo?

¿Por qué tú sola yaces
insensible a esa vida de victorias,
de perdurables glorias,
a ese triunfo inmortal del pensamiento
y del bien a la lucha no renaces
y sigues del progreso el movimiento?

Contempla las naciones
en muchedumbre férvida agruparse,
ufanas levantarse
y de entusiasmo y confianza llenas,
del arte y de la industria los blasones
en justa lid a disputar serenas.

¿No ves? Las que cobija
con su palio de luz la ardiente zona;
las que eternal corona
ciñen del norte los perennes hielos,
con la mirada en el futuro fija
confunden en un punto sus anhelos.

Y todas, en la frente
de esperanza feliz llevando un rayo,
en generoso ensayo
las fuerzas nobles del talento miden,
y la palma conquistan eminente,
y víctores los ámbitos despiden.

Tú sola, de ese gremio
desconocida, en tu confín vegetas,
y al yugo te sujetas
en que el error con mengua te aprisiona,
cuando el trabajo y el saber en premio
ciñen de gloria la triunfal corona.

Es esa la lid santa
en donde el siglo a combatir te reta;
donde tu vida inquieta,

que en contiendas inútiles se agota,
ensayando vigor y fuerza tanta
fecunde el germen que en tu seno brota.

¡Quisqueyal Tú, la libre
del antillano piélago en las olas,
la que el pendón tremolas
de las naciones que la gloria exalta:
¿cuándo será que en el espacio vibre
la fama de tu gloria en voz más alta?

¿Cuándo será que altiva,
regenerada por el bien te eleves,
y de tu industria llesves
al festín de los pueblos muestra rara,
y un puesto pidas en la lucha activa
en que el triunfo sus lauros te prepara?

¿Qué importa el alto nombre
con que premió la libertad un día
tu ingénita osadía?
¿Qué importa, si olvidada en lo profundo
nunca tu historia la recuerda el hombre,
nunca tu fama la repite el mundo?

Llega con pie seguro
del templo del saber a los dinteles,
conquista los laureles
de la virtud y de la ciencia humana,
y el velo desgarrando del futuro
muéstrate al orbe de tu gloria ufana.

Entonces, de la cumbre
de la fortuna en elevado asiento,
tendiendo el pensamiento
libre y seguro al porvenir lejano,
astro serás de fecundante lumbre,
de esperanzas al mundo americano.

Mayo de 1878.

HECÁTOMBE

ESCUCHAD: mi Patria un día
fué vendida al extranjero,
y la enseña del ibero
en sus torres se veía.
El honor y la hidalguía,
la libertad y la gloria,
huyeron de la memoria
del pueblo dominicano,
que abandonara al hispano
sus laureles y su historia.

Sólo allá, con noble ardor,
un grupo digno y valiente
que no doblégó su frente
al yugo del invasor,
en los campos del honor,
lleno de coraje fiero,
el pabellón de Febrero
enarboló en lid apuesta,
arrojando una protesta
que oyó asombrado el ibero.

Y ciego de ira se lanza
sobre el grupo decidido
que no quiso envilecido
existir sin esperanza.

Ante la fatal pujanza
de aguerridos batallones,
los heroicos campeones
de la Patria desgraciada
rindieron al fin la espada,
pero no los corazones.

Que al fin cautivos se vieron
en el combate los bravos
que al vivir de los esclavos
uu fin digno prefirieron.
Y los tigres que vencieron
porque así plugo a la suerte,
con la arrogancia del fuerte,
con insolente cinismo,
dictaron al patriotismo
una sentencia de muerte.

Y los patriotas cayeron
bajo el plomo del hispano,
y el suelo dominicano
con sangre libre tiñeron.
Allí los héroes sufrieron
crudo martirio sangriento;
pero en sus tumbas el viento

con voz de venganza vibra,
despertando en cada fibra
el nacional ardimiento.

En ese polvo sagrado,
entre esos héroes, inerte,
sucumbió el atleta fuerte,
el vencedor no premiado:
aquel que el pendón cruzado
alzó en Febrero triunfante,
Sánchez, meteoro gigante
de nuestro cielo de gloria,
nombre que guarda la historia
con cifra de oro brillante.

Mas la sangre meritoria
que corriera en El Cercado,
para el español osado
fue vil mancha infamatoria;
y los lauros de la gloria
que trajo de allende el mar,
destrozados vio rodar
en el polvo americano,
cuando el pueblo soberano
le arrojó del libre hogar.

Hoy, que el glorioso estandarte
de libertad bendecida
la Primada esclarecida

tremola en cada baluarte;
hoy, Patria, que formas parte
de los pueblos vencedores
cuya fama entre loores
de un pueblo al otro retumba,
inclínate ante la tumba
que guarda a tus defensores.

Y bendice, Patria mía,
aquella tierra empapada
con la sangre inmaculada
que a los libres dió energía.
Acaso, acaso algún día,
cual fantasma funerario
que al viajero solitario
cuenta ese drama sangriento,
alzarás un monumento
en ese nuevo Calvario.

Julio de 1878.

A MI PATRIA

DE nuevo el arpa ensaya
un himno en tu favor ¡oh Patria mía!
De nuevo el corazón que no desmaya
en su inmortal porfía
su voz eleva que el deber alienta,
y a tus fuerzas vigor prestar intenta.

Yo sé que no importuna
mi amarga queja tu vivir cansado:
tu inquieta brisa remeció mi cuna,
y el pecho alborozado
aliento libre respiró en su esencia,
y fué lo grande de tu amor la herencia.

Y arrebatada, luego,
ávida el alma recorrió tu historia;
y en el arranque de entusiasmo ciego,
espléndida tu gloria
gozosa imaginó la fantasía
que de uno al otro polo se extendía.

Mas ¡ah! nueva existencia
la mente absorta descubrió entre asombros
y descender te ví de la eminencia;
y triste, en tus escombros
fuí a llorar en la tarde que declina
tu muerta gloria y tu presente ruina.

Sí, que el marcial trofeo
del combate entre el polvo recogido
sólo en tus palmas triunfadoras veo;
y el lauro entretejido
que la victoria te ciñó fulgente
sin brillo luce en tu guerrera frente.

Y por la lucha impía
que fuiste olvidas, en gallarda justa,
rival preclara de la Grecia un día,
cuando la ciencia augusta
en sus hombros te alzó, y entre loores
irradiaron al mundo tus fulgores.

¡Oh, basta! No demandes
al genio de la lid nuevas coronas:
si acciones buscas de memorias grandes,
si lauros ambicionas,
tremola de la paz el estandarte
y abre tus campos al saber y al arte.

En el concurso egregio
de pueblos que en famosa muchedumbre
reclaman del invento el privilegio,

a la esplendente lumbre
del siglo que ilumina soberano
la lucha audaz del pensamiento humano,

allí desierto, solo,
el puesto de tu honor con mengua miro,
mientras que vuela desde polo a polo
la fama en raudo giro
nombres llevando, y esparciendo al viento
los prodigios del arte y del talento.

De tu presente vida
nada un recuerdo a despertar alcanza:
que el pensamiento tu memoria olvida,
porque, en perpetua holganza
sobre laureles de ignorado nombre,
no llega a ti la admiración del hombre.

En la encendida hoguera
del sol que en tus espacios se derrama
y ardiente reverbera,
de mi entusiasmo se templó la llama,
y a su calor el alma estremecida
bebió la inspiración, la luz, la vida.

¿Y su fecundo rayo
no basta a reanimar el fuego puro
del genio vigoroso que en desmayo,
sin sueños de futuro,
tendido sobre el lecho de tus flores,
en tu seno vegeta sin amores?

¡Oh, no serás! ¡Despierta!
Que ya la historia tu renombre aguarda
y el himno de tu fama se concierta:
si en el progreso tarda
te mira el mundo indiferente ahora,
muévele al fin a saludar tu aurora.

Qué bella, refulgente,
de ciencia y libertad corona doble
ceñir podrás a la radiosa frente
si con empeño noble
al orbe muestras de virtud en prenda,
la paz del porvenir en digna ofrenda.

Diciembre de 1878.

COLÓN (*)

Al Sr. D. Emiliano Tejera.

¡SILENCIO! Que ya herido
siento latir el corazón opreso
de tantas emociones bajo el peso.
Silencio, sí; dejad que estremecido
el espíritu libre se remonte
de luz ansioso, de verdad sediento,
y busque sobre el viento
el espacio, la esfera, el horizonte
donde el humano orgullo
vencido acalla su falaz murmullo.

Levanta victoriosa
la egregia frente de entusiasmo llena
¡oh Patria de mi amor, cuna famosa
del mundo americano!

(*) Con motivo del hallazgo de sus restos en la Catedral de Santo Domingo.

Álzate ya con majestad serena,
que la calumnia en vano
a ti sus dardos con empeño lanza
ante el orbe asombrado que te admira;
en vano, que no alcanza
su encono fiero, que desdén inspira,
tu honor a mancillar: luciente, claro,
como el astro que fúlgido amanece
rasgando sombras en triunfal camino,
así brilla, y se eleva, y resplandece
ceñido de esplendores tu destino.

¡Qué voz, qué humano acento
digno será de discantar al mundo
el sin igual portentol
En pobre tumba que ignoró la historia
y pródigo el olvido
en silente quietud guardó profundo,
sin mármoles, sin nombre, sin memoria,
durmieron en descuido
los despojos del nauta esclarecido.
Y el voto se cumplió; cumpliósse entera
del genio audaz la voluntad postrera.
Propicia la fortuna,
tumba concede al genovés marino
del Nuevo Mundo en la preclara cuna.

¡Oh Patria! Eleva al cielo
el hosanna triunfal con gozo vivo;

gózate ya sin pesadumbre alguna
en tu gloriosa suerte: que si alarde
de insensato poder haciendo altivo
ruge el despecho con furor cobarde,
y el férvido clamor de tu entusiasmo
y tu impaciente anhelo
con acentos recibe de sarcasmo,
atónita la historia
sus fastos abre a confirmar tu gloria.

Del Támesis al Volga, al Rin, al Tíbre,
al Marañón, al Niágara potente,
un himno cruza en el espacio libre;
himno de amor, de gratitud ferviente,
que acordes te levantan
pueblos que al orbe tu victoria cantan.
¿No escuchas? En el viento.
voz que domina la algazara impía
responde placentera
al hondo grito, al indecible acento
de asombro y de alegría
que estremecido conmovió la esfera
cuando, en el rapto de emoción dichosa,
triunfante, la preciosa
urna sagrada que el despojo encierra
del nauta peregrino
al secreto arrancaste de la tierra,
y en súbita locura
¡Colón! clamaste, y resonó en la altura.

¿Qué mucho que en su saña
 contra ti se levante el error necio,
 si al genio mismo se atrevió, engreído,
 con risas de desprecio,
 y condenarlo pretendió al olvido?
 Mas ¡ay de su arrogancia!
 Vencer no pudo la tenaz constancia
 ni estorbo ser a que, tras lucha rara,
 firme y audaz el genovés piloto,
 del hemisferio ignoto
 las extensas regiones saludara.
 Tu nombre sin mancilla
 también ¡oh Patria! lucirá radiante,
 que pasa el tiempo, y el error se humilla,
 y eterna la verdad surge triunfante.

No será, no, que la injusticia intente
 la historia dominar, haciendo al hombre
 postrar el alma, doblegar la frente
 sobre un sepulcro de mentido nombre;
 no será, no, sin que el heroico aliento
 de la santa virtud noble ardimiento
 al corazón infunda
 de cada pecho que en el bien se inflama,
 y al fuego de su llama
 la fábrica del mal tiemble y se hunda.

¡Colón, genio preclaro,
 de la ciencia y la fe mártir sublime!

¿Qué destino fatal, qué numen raro
persigue tu memoria,
y se complace en abatir tu gloria,
y el polvo mismo de tu ser oprime?
Un nombre inmerecido
tu mundo lleva, y a sepulcro extraño,
con lauros tuyos, imprevisto engaño
favoreció rendido.

Mas ¡ahl que en dulce calma
tras el duelo y la duda y la porfía,
Quisqueya te contempla en su regazo.
¡Quisqueya! La que un día
la palma de tu amor tuvo por suerte,
y por herencia santa esos despojos;
la que de angustia inerte
regó con llanto tu memoria egregia,
cuando en hora fatal vieron sus ojos
llevar en pompa regia
los restos ignorados
con tu nombre a su seno arrebatados.

¡Colón! Duerme al abrigo
del suelo de tu afán, mi Patria bella,
y paz le brinde tu recuerdo amigo
en sus noches de angustia y de querella;
tu aliento soberano
avive de su fe la llama pura,
la esperanza del bien, que al soplo insano
de la desgracia trémula vacila;

y con paterno amor, desde la altura
donde tu alma entre esplendores vuela,
el mal ahuyenta de la edad futura,
por los destinos de tu Antilla vela.

1879.

A LA MÚSICA

¡ESPÍRITUS de luz y de armonía!
En torno de mi frente
las alas agitada, y el alma ardiente
con vencedor arranque en su porfía
allá del éter por la esfera ignota
al himno universal lleve su nota.

Arte divino ¡oh música! el idioma
de lo infinito eres;
el solemne concierto que los seres
alzan acordes cuando el alba asoma
y vida nueva por doquier imprime,
tu gloria canta y tu poder sublime.

¡Mas qué! ¿dónde no vibra y se dilata
con majestad extrema
tu omnipotente voz, tu voz suprema?
El universo conmovido acata
tu ley de amor, que los espacios llena
y los orbes dirige y encadena.

Al soberano acento, de la nada
apareció a la vida
radiante la creación estremecida;
y en rápida carrera concertada
mundos poblaron la extensión vacía
ligados por incógnita armonía.

Y llenan del espacio las regiones
sonidos inmortales,
preludio de las voces celestiales,
palpitantes, ignotas vibraciones
que absorta el alma a percibir alcanza
en horas de ilusión y de esperanza.

Del alba a los destellos peregrinos,
en el murmullo leve
del aura errante que las flores mueve,
del ave amante en los alegres trinos,
del llanto matinal en cada gota,
palpita el ritmo de tu ardiente nota.

Y palpita en la voz de la tormenta,
del mar en el bramido,
del rayo en el terrífico estallido,
del cráter en la cima turbulenta,
y el hombre, que te admira en todas partes,
tu solio encumbra a dominar las artes.

Tu atmósfera sublime vivifica
el espíritu grande;
tu acento grave el entusiasmo expande,

y el genio que tus ecos centuplica
en ardorosa inspiración se enciende
y tus secretos íntimos sorprende.

Y espléndido, elevándose a la altura
de la armonía suprema,
intérprete feliz, con ansia extrema,
en raudales de plácida dulzura
recoge el himno que en el éter vaga
y con notas del cielo nos embriaga.

Y despertando en los ocultos senos
del alma adormecida
las memorias que fueron en la vida,
con tonos de expresión y magia llenos,
en éxtasis purísimo, indecible,
arranca al corazón llanto apacible.

Fija tu planta en el preciado suelo
de mi Quisqueya libre,
arte divino, y que tu acento vibre
llevado por el céfiro en su vuelo
y los ámbitos llene pregonando
ya de las artes el imperio blando.

Aquí también espíritus sedientos
de ignotas armonías,
tras largas noches de dolor sombrías,
demandan tus arcanos a los vientos,
para alzar, entre asombro, el soberano
himno del porvenir dominicano.

Desciende ya, que de tu voz augusta
al eco generoso,
unidas en consorcio venturoso
vendrán las ciencias a la heroica justa,
y en Quisqueya tendrán, para alto ejemplo,
culto las artes y el saber un templo.

1879.

EL CANTAR DE MIS CANTARES

CUANDO los vientos murmuradores
llevan los ecos de mi laúd,
con los acentos de mis amores
resuena un nombre, que de rumores
pasa llenando la esfera azul.

Que en ese nombre que tanto adoro
y al labio acude con dulce afán,
de aves y brisas amante coro,
rumor de espumas, eco sonoro
de ondas y palmas y bosques hay.

Y para el alma que en ese ambiente
vive y respira sin inquietud,
y las delicias del cielo siente,
guarda ese nombre puro y ferviente
todo un poema de amor y luz.

Quisqueya ¡oh Patria! ¿quién, si en tu suelo
le dió la suerte nacer feliz,
quién, si te adora con fiel desvelo,
cuando te nombra no oye en su anhelo
músicas gratas reproducir?

Bella y hermosa cual la esperanza,
lozana y joven, así eres tú;
a copiar nunca la mente alcanza
tus perfecciones, tu semejanza,
de sus delirios en la inquietud.

Tus bellos campos que el sol inunda,
tus altas cumbres de enhiesta sien,
de tus torrentes la voz profunda,
la palpitante savia fecunda
con que la vida bulle en tu ser,

todo seduce, todo arrebatá,
todo, en conjunto fascinador,
en armoniosa corriente grata,
hace en tu suelo la dicha innata
y abre horizontes a la ilusión.

Y ¡ay, si oprimirte con mano ruda
quiere en su saña la iniquidad!
Tu espada pronto brilla desnuda,
te alzas potente, y en la lid cruda
segando lauros triunfante vas.

Naturaleza te dió al crearte
belleza, genio, fuerza y valor;
y es mi delirio con fe cantarte
y entre lo grande siempre buscarte
con el empeño del corazón.

Por eso el alma te buscó un día
con ansia ardiente, con vivo afán,
entre las luchas y la porfía
y entre los triunfos de gallardía
con que el progreso gigante va.

Mas ¡ay! en vano pregunté ansiosa
si entre el tumulto cruzabas tú:
llevó la brisa mi voz quejosa;
silencio mudo, sombra enojosa
miré en tu puesto solo y sin luz.

Tú, la preciada, la libre Antilla,
la más hermosa perla del mar,
la que de gloria radiante brilla
¿huyes la senda que ufana trilla
con planta firme la humanidad?

A tu corona rica y luciente
falta la joya de más valor;
búscala presto, que ya presente
para ti el alma, con gozo ardiente,
grandes victorias de bendición.

¡Patria bendita! ¡Numen sagrado!
¡Raudal perenne de amor y luz!
Tu dulce nombre siempre adorado,
que el pecho lleva con fe grabado,
vibra en los sonos de mi laúd.

Y pues que mueve nombre tan puro
de mis cantares la inspiración,
y ansiando vivo tu bien seguro,
la sien levanta, mira al futuro,
y oye mis cantos, oye mi voz!...

1879.

SUEÑOS

EN horas gratas, cuando serena
reposa el alma libre de afán,
y el aura amena
pasa, de agrestes rumores llena,
y es todo calma, todo solaz;

cuando la Patria suspende el ruido
de las contiendas aterrador,
y confundido
quedar parece bajo el olvido
cuanto es angustias al corazón,

castas visiones vienen ligeras,
y en bullicioso giro fugaz,
cual mensajeras
de paz y dicha, nuevas esferas
al pensamiento mostrando van;

nuevas esferas donde la mente
vislumbra absorta mares de luz,
donde se siente
que extraños sonos lleva el ambiente
sobre las nubes del cielo azul.

Enajenada la fantasía,
de esas visiones corriendo en pos,
mira a porfía
pueblos y pueblos buscar la vía
de esas regiones de eterno albor.

Rasga el destino su denso velo,
y a sus fulgores el porvenir
muestra a mi anhelo
cómo a esa altura, con libre vuelo,
Quisqueya asciende grande y feliz.

Sueños de gloria que halagadores
el alma sigue llena de fe;
bien que traidores
huyen a veces, y sus fulgores
envuelven sombras de lobreguez.

¡Ay! Es que entonces, Patria bendita,
cubre tus campos ruido fatal,
que a la infinita
región se eleva, y el alma agita
con emociones de hondo pesar.

Mas cuando calla la voz terrible,
cuando sereno luce el confín,
y bonancible
pasa la brisa, con apacible
giro de blandos rumores mil,

cándidas vuelven esas visiones
arrobadoras en multitud
y esas regiones
a poblar vuelven extraños sonos
y claridades de viva luz.

A esas esferas del pensamiento
quiero llevarte, Patria gentil;
si oyes mi acento,
si verte quieres en alto asiento,
dominadora del porvenir,

¡ah! quede siempre suspenso el ruido
de las contiendas aterrador;
que enternecido
desde su trono de luz ceñido
sueños de gloria te ofrece Dios!

1880.

LUZ

¿Adónde el alma incierta
pretende el vuelo remontar ahora?
¿Qué rumor de otra vida la despierta?
¿Qué luz deslumbradora
inunda los espacios y reviste
de lujoso esplendor cuanto era triste?

¿La inquieta fantasía
finge otra vez en la tiniebla oscura
los destellos vivísimos del día,
lanzándose insegura,
enajenada en su delirio vago,
de un bien engañoso tras el halago?

¡Ah, no! Que ya descende
sobre Quisqueya, a iluminar las almas,
rayo de amor que el entusiasmo enciende,
y de las tristes calmas
el espíritu en ocio, ya contento,
surge a la actividad del pensamiento.

Y surge a la existencia,
al trabajo, a la paz, la Patria mía,
a la egregia conquista de la ciencia,
que en inmortal porfía
los pueblos y los pueblos arrebató
y del error las nieblas desbarató.

Ayer, meditabunda,
lloré sobre tus ruinas ¡oh Quisqueya!
toda una historia en esplendor fecunda,
al remover la huella
del arte, de la ciencia, de la gloria
allí esculpida en perennal memoria.

Y el ánimo intranquilo
llorando preguntó si nunca al suelo
donde tuvo el saber preclaro asilo,
a detener su vuelo
el genio de la luz en fausto día
con promesas de triunfos volvería.

Y de esperanzas llena
temerosa aguardé, y al viento ahora,
cuando amanece fúlgida, serena,
del bienestar la aurora,
lanzo del pecho, que enajena el gozo,
las notas de mi afán y mi alborozo.

Sí, que ensancharse veo
las aulas, del saber propagadoras,
y de fama despiértase el deseo,

brindando protectoras
 las ciencias sus tesoros al talento,
 que inflamado en ardor corre sediento.

Ya de la patria esfera
 los horizontes dilatarse miro:
 el futuro sonriendo nos espera,
 que en entusiasta giro,
 ceñida de laurel, a la eminencia
 se levanta feliz la inteligencia.

Es esa la futura
 prenda de paz, de amor y de grandeza,
 la que el bien de los pueblos asegura,
 la base de firmeza
 donde al mundo, con timbres y blasones,
 se elevan prepotentes las naciones.

¡Cuántas victorias altas
 el destino te guarda, Patria mía,
 si con firme valor la cumbre asaltas!
 Escúchame y porfía;
 escucha una vez más, oye ferviente
 la palabra de amor que nunca miente:

yo soy la voz que canta
 del polvo removiendo tus memorias,
 el himno que a tus triunfos se adelanta,
 el eco de tus glorias...
 No desmayes, no cejes, sigue, avanza:
 ¡tuya del porvenir es la esperanza!

Julio de 1880.



SOMBRAS

ALZAD del polvo inerte,
del polvo arrebatad el arpa mía,
melancólicos genios de mi suerte.
Buscad una armonía
triste como el afán que me tortura,
que me cercan doquier sombras de muerte
y rebosa en mi pecho la amargura.

Venid, que el alma siente
morir la fe que al porvenir aguarda;
venid, que se acobarda
fatigado el espíritu doliente
mirando alzar con ímpetu sañudo
su torva faz al desencanto rudo,
y al entusiasmo ardiente
plegar las alas y abatir la frente.

¿No veis? Allá a lo lejos
nube de tempestad siniestra avanza
que oscurece a su paso los reflejos
del espléndido sol de la esperanza.

Mirad cuál fugitivas
las ilusiones van, del alma orgullo;
no como ayer, altivas,
hasta el éter azul tienden el vuelo,
ni a recibirlas, con piadoso arrullo,
sus pórticos de luz entreabre el cielo.

¿Cuál será su destino?
Proscritas, desoladas, sin encanto,
en el vértigo van del torbellino,
y al divisarlas, con pavor y espanto
sobre mi pecho la cabeza inclino.
Se estremece el alcázar opulento
de bien, de gloria, de grandeza suma,
que fabrica tenaz el pensamiento;
bajo el peso se rinde que le abruma!
Conmuévase entre asombros,
de la suerte a los ímpetus terribles,
y se apresta a llorar en sus escombros
el ángel de los sueños imposibles.

Venid, genios, venid, y al blando halago
de vuestros himnos de inmortal tristeza,
para olvidar el porvenir aciago
se aduerma fatigada mi cabeza.
Del arpa abandonada
al viento dad la gemebunda nota,
mientras que ruge la tormenta airada,
y el infortunio azota

la ilusión por el bien acariciada,
y huye la luz de inspiración fecunda,
y la noche del alma me circunda.

Mas ¡ah! venid en tanto
y adormeced el pensamiento mío
al sonoro compás de vuestro canto.
¡Meced con vuestro arrullo el alma solal
Dejad que pase el huracán bravío,
y que pasen del negro desencanto
las horas en empuje turbulento,
como pasa la ola,
como pasa la ráfaga del viento.

Dejad que pase, y luego
a la vida volvedme, a la esperanza,
al entusiasmo en fuego:
que es grato, tras la ruda
borrasca de la duda,
despertar a la fe y a la confianza,
y tras la noche de dolor, sombría,
cantar la luz y saludar el día.

Junio de 1881.

MI OFRENDA A LA PATRIA

En la investidura de sus discípulas, las primeras maestras normales de Santo Domingo.

¡HACE ya tanto tiempo!.... Silenciosa,
si indiferente no, Patria bendita,
yo he seguido la lucha fatigosa
con que llevas de bien tu ansia infinita.
Ha tiempo que no llena
tus confines la voz de mi esperanza,
ni el alma, que contigo se enajena,
a señalarte el porvenir se lanza.

He visto a las pasiones
levantarse en tu daño conjuradas
para ahogar tus supremas ambiciones,
tus anhelos de paz y de progreso,
y rendirse tus fuerzas fatigadas
al abrumante peso.
¿Por qué, siempre que el ruido
de la humana labor que al mundo asombra,

recorriendo el espacio estremecido
a sacudir tu indiferencia viene,
oculta mano férrea, entre la sombra,
tus generosos ímpetus detiene?

¡Ah! Yo quise indagar de tu destino
la causa aterradora:

te miro en el comienzo del camino,
clavada siempre allí la inmóvil planta,
como si de algo que en llegar demora,
de algo que no adelanta,
la potencia aguardaras impulsora.....

¡Quién sabe si tus hijos
esperan una voz de amor y aliento!
dijo el alma, los ojos en ti fijos,
dijo en su soledad mi pensamiento.

¿Y ese amoroso acento
de qué labio saldrá, que así sacuda
el espíritu inerme, y lo levante,
la fe llevando a reemplazar la duda,
y del deber la religión implante?

¡Ah! La mujer encierra,
a despecho del vicio y su veneno,
los veneros inmensos de la tierra,
el germen de lo grande y de lo bueno.
Más de una vez en el destino humano
su imperio se ostentó noble y fecundo:
ya es Veturia, y desarma a Coriolano;

ya Isabel, y Colón halla otro mundo.
Hágase luz en la tiniebla oscura
que al femenil espíritu rodea,
y en sus alas de amor irá segura
del porvenir la salvadora idea.
Y si progreso y paz e independencia
mostrar al orbe tu ambición ansía,
fuerte, como escudada en su conciencia,
de sus propios destinos soberana,
para ser del hogar lumbrera y guía
formemos la mujer dominicana.

Así, de tu futura
suerte soñando con el bien constante,
las fuerzas consagré de mi ternura,
instante tras instante,
a dar a ese ideal forma y aliento,
y rendirte después como tributo,
cual homenaje atento,
de mi labor el recogido fruto.

Hoy te muestro ferviente
las almas que mi afán dirigir pudo:
yo les di de verdad rica simiente,
y razón y deber forman su escudo.
En patrio amor sublime
templadas al calor de mis anhelos,
ya sueñan que tu suerte se redime,
ya ven de tu esperanza abrir los cielos.

Digna de ti es la prenda
que mi esfuerzo vivísimo corona
y que traigo a tus aras en ofrenda:
¡el dón acepta que mi amor te abonar!
Que si cierto es cual puro
mi entusiasta creer en esas glorias
que siempre, siempre, con placer te auguro;
si no mienten victorias
la voz que en mi interior se inspira y canta,
los sueños que en mi espíritu se elevan,
ellas al porvenir que se adelanta
de ciencia y de virtud gérmenes llevan.

Abril de 1887.





PÁGINAS ÍNTIMAS

MELANCOLÍA

HAY un sér apacible y misterioso
que en mis horas de lánguido reposo
me viene a visitar;
yo le cuento mis penas interiores,
porque siempre, calmando mis dolores,
mitiga mi penar.

Como el ángel del bien y la constancia,
en los últimos sueños de la infancia
aparecer le vi;
contemplóme un instante con ternura,
y «Oye — dijo — : las horas de ventura
pasaron para ti.

»Yo vengo a despertar tu alma dormida,
porque un genio funesto, de la vida
te aguarda en el umbral;
y benigno jamás, siempre iracundo,
te encontrará, del agitado mundo
en el inmenso erial.

• Yo elevaré tu espíritu doliente;
disiparé las nubes que en tu frente
las penas formarán;
consagra sólo a mí tus horas largas,
y enjugaré tus lágrimas amargas
y calmaré tu afán.

• Seré de tu vivir guarda constante,
y mi pálido tinte a tu semblante
trasmitirá mi amor.
Y te daré una lira en tus pesares,
porque al eco fugaz de tus cantares
se exhale tu dolor.

• Y te daré mi lángida armonía,
que los himnos que entona de alegría
la ardiente juventud
jamás ensayarás, pobre cantora,
porque siempre la musa inspiradora
seré de tu laúd. •

Dijo, y de entonces, cual amiga estrella
alumbra siempre, misteriosa y bella,
mi noche de dolor;
y me arrulla sensible y amorosa,
como arrulla la madre cariñosa
al hijo de su amor.

Y haciendo que en sus alas me remonte
a otro mundo de luz sin horizonte,
de dicha voy en pos;

y entonces de mi lira se desprende
nota sin nombre que la brisa extiende,
y escucha sólo Dios.

Yo te bendigo, fiel Melancolía;
tú los seres que anima la alegría
no vas a adormecer;
porque eres el consuelo de las almas
que del martirio las fecundas palmas
lograron obtener.

Por ti en los aires resonó mi acento,
y para dar un generoso aliento
al pobre corazón,
alguna vez la Patria bendecida
benévola me escucha sonreída
y aplaude mi canción.

No pido más: bien pueden los dolores
destrozar sin piedad las bellas flores
de la ilusión que amé;
que jamás, bajo el peso que me oprime,
mientras un rayo de virtud me anime,
la frente inclinaré.

1874.

¡PADRE MÍO!

MUDA yace la alcoba solitaria
donde naciste a la existencia un día,
do, desdeñando la fortuna varia,
tu vida entre el estudio discurría.

¡Ay! De una madre en el regazo tierno
por vez primera te adormiste allí,
y allí, de hinojos, tu suspiro eterno
entre sollozos tristes recogí.

Hoy, al entrar en tu mansión doliente,
donde reina silencio sepulcral,
nadie a posar vendrá sobre mi frente
el beso del cariño paternal.

Ninguna voz halagará mi acento,
ni un eco grato halagará mi oído:
sólo memorias de tenaz tormento
tendré a la vista de tu hogar querido.

Sí, que a la tumba descender te viera
tras largas horas de perenne afán,
horas eternas de congoja fiera
que en el alma por siempre vivirán.

Cuando de angustia desgarrado el pecho
te sostuve en mis brazos moribundo;
cuando tu cuerpo recosté en el lecho
donde el postrer adiós dijiste al mundo;

cuando, de hinojos, anegada en llanto,
llevé mis labios a tu mano fría,
y entre tanta amargura y duelo tanto
miraba palpitante tu agonía;

después ¡oh Dios! cuando besé tu frente
y a mi beso filial no respondiste,
de horror y espanto se turbó mi mente...
Y aún teme recordarlo el alma triste.

¡Momento aciago! Su fatal memoria
cubre mi frente de dolor sombrío.
Siempre en el alma vivirá su historia,
y vivirá tu imagen, padre mío...

Cuando las sombras con su velo denso
dejan el orbe en lobreguez sumido,
en el misterio de la noche pienso
que aún escucho doliente tu gemido;

y finge verte mi amoroso anhelo
bajo el abrigo de tu dulce hogar,
y me brindas palabras de consuelo
y mis lágrimas llegas a enjugar.

Sombra querida que incesante vagas
en torno de la huérfana errabunda,
visión perenne que mi sueño halagas,
alma del alma que mi sér inunda:

si de ese mundo que el dolor extraña
mi llanto has visto y mi amargura extrema,
sobre mi frente, que el pesar empaña,
haz descender tu bendición suprema.

1875.

QUEJAS

TE vas, y el alma dejas
sumida en amargura, solitaria,
y mis ardientes quejas,
y la tímida voz de mi plegaria,
indiferente y frío
desoyes ¡ay! para tormento mío.

¿No basta que cautiva
de fiero padecer entre las redes
agonizante viva?
¡Ay, que mi angustia comprender no puedes,
que por mi mal ignoras
cuán lentas son de mi existir las horas!

Sí, que jamás supiste
cuál se revuelve en su prisión estrecha,
desconsolado y triste,
el pobre corazón, que en lid deshecha
con su tormento rudo
morir se siente y permanece mudo.

Y en vano, que indiscretos
mis ojos, sin cesar, bajo el encanto
de tu mirar sujetos,
fijo en los tuyos con empeño tanto,
que el corazón desmaya
cuando esa fuerza dominar ensaya.

Deja que pueda al menos
bañándome en su luz beber la vida,
y disfrutar serenos
breves instantes en tu unión querida,
que es para mi amargura
bálsamo de purísima dulzura.

Deja que al vivo acento
que de tus labios encendidos brota,
mi corazón sediento,
que en pos va siempre de ilusión ignota,
presienta enajenado
las glorias todas de tu edén soñado.

¡Ah, si escuchar pudieras
cuanto a tu nombre mi ternura dijo!
¡Si en horas lisonjeras
me fuera dado, con afán prolijo,
contarte sin recelo
todo el delirio de mi amante anhelo!

Mas no, que mi suspiro
comprimo dentro el pecho acongojado.
Me basta si te miro,

si la dicha y el bien sueño a tu lado,
porque tu vista calma
los agudos tormentos de mi alma.

¡Ayl Que sin ti, bien mío,
mi espíritu cansado languidece
cual planta sin rocío,
y con sombras mi frente se oscurece,
y entre congoja tanta
mi corazón herido se quebranta.

Oye mi ardiente ruego,
oye las quejas de mi angustia suma,
y generoso luego
olvida que la pena que me abrumba
te reveló mi acento
en horas ¡ayl de sin igual tormento.

Escúchame y perdona:
que ya mi labio enmudeciendo calla,
y el alma se abandona
con nuevo ardor a su febril batalla,
y débil mi suspiro
se pierde de las auras en el giro.

A MI MADRE

*Dedicatoria del tomo de Poesías
publicado en 1880.*

AQUÍ, a la sombra tranquila y pura
con que nos brinda grato el hogar,
oye el acento de la ternura
que en tus oídos blanda murmura
la dulce nota de mi cantar.

La voz escucha del pecho amante
que hoy te consagra su inspiración,
a ti que aún eres tierna, incesante,
de amor sublime, de fe constante,
raudal que aliento da al corazón.

Mi voz escucha: la lira un día
un canto alzarte quiso feliz,
y en el idioma de la armonía
débil el numen ¡oh madre mía!
no halló un acento digno de ti.

¿Cómo tu afecto cantar al mundo,
grande, infinito, cual en sí es?

¿Cómo pintarte mi amor profundo?
Empeño inútil, sueño infecundo
que en desaliento murió después.

De entonces, madre, buscando en prenda,
con las miradas al porvenir,
voy en mi vida, voy en mi senda,
de mis amores íntima ofrenda
que a tu cariño pueda rendir.

Yo mis cantares lancé a los vientos,
yo di a las brisas mi inspiración;
tu amor grandeza dió a mis acentos:
que fueron tuyos mis pensamientos
en esos himnos del corazón.

Notas dispersas que en libres vuelos
y a merced fueron del huracán,
pero llevando con mis anhelos
los mil suspiros, los mil desvelos
con que a la Patria paga mi afán.

Hoy que reunir las plugo al destino,
quiero que abrigo y amor les des:
esa es la prenda que en mi camino
al soplo arranco del torbellino,
y a colocarla vengo a tus pies.

VESPERTINA

A mi esposo ausente.

REINA la tarde en nuestro hogar bendito,
la tarde tropical, limpia, serena,
que el ánimo enajena
alzando el pensamiento a lo infinito.

Sin nubes está el cielo,
sin celajes la luz, diáfano el aire,
y de la brisa, que en gracioso vuelo
refrescando la tierra se pasea,
al suave impulso, con gentil donaire
el plátano sus hojas balancea,
mientras la flor se inclina
presintiendo la sombra ya vecina.

Todo respira en nuestro hogar la calma;
todo es paz y quietud; sólo mi alma
de extraño sinsabor la hiel apura,
y a su pensar rendida
suspira en su amargura

con la triste emoción del que en la vida
por vez primera siente
las ansias todas del cariño ausente.

¿En dónde, en dónde estás? Así intranquilo
con su ansiedad el corazón luchando,
te busca sin cesar, hora tras hora;
la casa, el aura, el cielo interrogando.

Huérfano del hogar está el asilo;
huérfano, sí, de tu presencia ahora;
que, el alma en su entusiasmo sacudida,
y de admirar ufano
las galas del pensil dominicano,
y sus pueblos y villas diferentes
recorrer, estudiando los futuros
gérmenes del progreso y de la vida
que allí duermen latentes,
sentiste estrechos a tu afán los muros
de la ciudad nativa,
y en alas de esos sueños tentadores,
ardiendo en ansia viva,
el bendecido hogar de los amores
sonriendo abandonaste
y a los mares y campos te lanzaste.

Torna, torna a decirme
cuanto a la pluma revelar no es dado:
las mil fatigas del camino rudo;

tus nuevas impresiones de viajero;
de tu criterio firme
el juicio, recto siempre, nunca errado;
de cuanto viste y merecerle pudo
con mágico atractivo
atención a tu espíritu severo,
admiración a tu entusiasmo altivo.

Vén a decirme a solas
si mi recuerdo acompañó tu viaje
cuando cruzabas las movibles olas;
cuando del sol a los ardientes lampos,
cansado viajador, los patrios campos
te dieron hospedaje.

Ya la tórrida lumbre
una vez y otra vez y otras en fuego
desde la etérea cumbre
envió a la zona de su amor el riego,
desde el lejano día
en que, guiado por feliz bonanza,
perdiéndose el bajel en lontananza
te llevó lejos de la vista mía.

¡Oh, qué largas las horas, qué momentos
los de la ausencia triste!
Son siglos de dolor que pasan lentos,
que ignora el corazón cómo resiste.

¡Oh angustia desmedida! ¡Quién me diera
salvar espacios y a tu lado ansiosa
llegar en su carreral
Y en esta hora dulcísima y dichosa
en que al destello amigo
del sol que palidece
suspensa la creación hacer parece
de paz solemne majestuoso alarde,
verte, sentirte y respirar contigo
la bienhechora calma de la tarde...

Enero de 1881.

EN EL NACIMIENTO DE MI PRIMOGÉNITO

A mi esposo.

¡LEVÁNTATE, alma mía,
por el materno amor transfigurada,
y a los confines del espacio envía
el himno de la dicha inesperada!

Y tú, que abres conmigo
a esa ternura nueva el pecho en gozo,
tú que compartes cuanto sueño abrigo,
cuanta ilusión feliz es mi alborozo,

vén, y los dos a una
el cántico de amor juntos alcemos,
y del pequeño sér ante la cuna
el alba del futuro saludemos:

•
el alba de esa vida
que a iluminar nuestro horizonte alcanza,
y a cuya luz vislumbra estremecida
espacios infinitos la esperanza.

Los Cielos se inclinaron,
y descendió al hogar entre armonías
el ángel que mis sueños suspiraron,
nuncio de bendiciones y alegrías.

¡Oh, cómo se estremece
engrandecida la existencia ufana
pensando de esa aurora que amanece
vivir reproducida en el mañana!

De hoy más, un sueño solo,
una sola ambición tras el destino,
a nuestras almas servirá de polo,
del tiempo al avanzar en el camino.

¡Oh, sí! Limpiar de abrojos
la senda preparada al sér que nace,
al bien y a la virtud abrir sus ojos,
y el peligro desviar que le amenace.

Y así, como entre flores,
ajeno a la maldad, al vicio ajeno,
verle a lo grande tributar honores
y el alto aprecio merecer del bueno.

Y así a la Patria, al mundo,
como prenda de paz y de amor santo,
en acciones magnánimas fecundo
un miembro digno regalar en tanto.

¡Doblemos el aliento!
Vamos al porvenir, la fe en el alma,
para él a conquistar con ardimiento
de ciencia, de virtud, de bien la palma.

Diciembre de 1882.

EN HORAS DE ANGUSTIA

En la enfermedad de mi segundo hijo.

SIN brillo la mirada,
bañado el rostro en palidez de muerte,
casi extinta la vida, casi inerte,
te miró con pavor el alma mía
cuando a otros brazos entregué, aterrada,
tu cuerpo que la fiebre consumía.

En ruego entonces sobre el suelo frío,
y de angustia y dolor desfalleciente,
aguardé de rodillas ¡oh hijo mío!
que descendiese el celestial rocío,
el agua bautismal, sobre tu frente.

Después, en mi regazo
volví a tomarte, sin concierto, loca,
de cabezal sirviéndote mi brazo,
mientras en fuego vivo
se escapaba el aliento de tu boca;
y allí cerca, con treguas de momentos,
el hombre de la ciencia, pensativo,
espiaba de tu sér los movimientos.

Pasaron intranquilas
horas solemnes de esperanza y duda;
latiendo el pecho con violencia ruda,
erraban mis pupilas
de uno en otro semblante, sin sosiego,
con delirio cercano a la demencia;
y entre el temor y el ruego
juzgaba, de mi duelo en los enojos,
escrita tu sentencia
hollar de los amigos en los ojos.

¡Oh terrible ansiedad! ¡Dolor supremo
que nunca a describir alcanzaría!
Al cabo, de esa angustia en el extremo,
reanimando mi pecho en agonía,
con voz sin nombre ahora
que a pintar su expresión habrá que cuadre,
¡salvo!—dijo la ciencia triunfadora.
¡salvo!—gritó mi corazón de madre.

¡Salvo, gran Dios! El hijo de mi vida,
tras largo padecer, de angustia lleno,
vástago tierno a quien la luz convida,
salud respira en el materno seno.

Hermoso cual tus ángeles, sonrío
de mi llamado al cariñoso arrullo,
y el alma contemplándole se engrío
de amor feliz y de inocente orgullo.

Por eso la mirada
convierto al cielo, de mi bien testigo,
y, de santa emoción arrebatada,
tu nombre ensalzo y tu poder bendigo.

Diciembre de 1884.

¿QUÉ ES PATRIA?

¿QUÉ es Patria? ¿Sabes acaso
lo que preguntas, mi amor?
Todo un mundo se despierta
en mi espíritu a esa voz.

Todo un mundo de recuerdos
que han dejado en mi interior
esperanzas que no mueren
en la fe del corazón.

¿Qué es Patria? De tu inocencia
al purísimo candor
para hablarle de la Patria
no halla el labio una expresión.

En mis ojos arder siento
de una lágrima el calor,
meditando lo que ansías
avanzar a tu razón:

que tan sólo tres abriles
a tu frente dan su albor,
y te mueve ya ese nombre
a curiosa indagación;

ese nombre que mis cantos
en el céfiro veloz
suspirando siempre llevan
con los ecos de mi amor.

Mas es fuerza que te diga
de la Patria alguna voz;
que te diga cuanto en ella
tu niñez cautiva hoy.

Este hogar, donde inocente,
de tus padres al calor,
juegas tú con tus hermanos
en gozosa animación;

esos campos donde ufano
del insecto vas en pos,
donde charlas y sonrías
con el pájaro y la flor;

esas nubes de oro y grana
de bellissimo color
que tu júbilo alborozan
cuando el alba anuncia el sol;

esos astros que arrebatan
tu infantil admiración;
ese mar que te amedrenta
con su acento atronador,

son halagos y rumores
y reflejos y alma y voz
de esa Patria cuya idea
se anticipa a tu razón.

Y mañana serán ellos,
que tu vida llenan hoy,
los recuerdos inefables
de la Patria y de su amor.

1887.

TRISTEZAS

A mi esposo ausente.

NUESTRO dulce primogénito,
que sabe sentir y amar,
con tu recuerdo perenne
viene mi pena a aumentar.

Fijo en ti su pensamiento,
no te abandona jamás:
sueña contigo, y despierto
habla de ti nada más.

Anoche, cuando, de hinojos,
con su voz angelical
dijo las santas palabras
de su oración nocturnal;

cuando allí junto a su lecho
sentéme amante a velar,
esperando que sus ojos
viniese el sueño a cerrar,



incorporándose inquieto,
cual presa de intenso afán,
con ese acento que al labio
las penas tan sólo dan,

exclamó como inspirado:
«¿Tú no te acuerdas, mamá?
El sol ¡qué bonito era
cuando estaba aquí papá!»

1888

ANGUSTIAS

A mi esposo, ausente en Europa.

TORNA a morir el sol. Así pasando
van de tu ausencia los terribles días,
en mi semblante pálido marcando
la huella de profundas agonías.

Torna a morir el sol. El hogar mío
de arpegios infantiles está lleno;
pero rueda del párpado sombrío
una rebelde lágrima a mi seno.

¿Podré, cuando regreses a mi lado,
rico de porvenir, rico de ciencia,
presentarte el tesoro immaculado
de este grupo de amor y de inocencia?

¡Yo no lo sé! Cuando la muerte lanza
su aliento destructor sobre este suelo,
desfallece en mi pecho la esperanza
y me finge el terror mi hogar en duelo.

Yo no he visto en los círculos de Dante
más terrible ansiedad, más cruel angustia;
se rinde el corazón agonizante,
y el alma siento desolada y mustia.

¡Y tú sufres también! También los brazos
extiendes a tu hogar con el deseo,
y luchas del deber entre los lazos,
cual otro encadenado Prometeo.

¿Por qué dejé que tan prolija ausencia
así emprendieras en momento aciago,
si me siento morir sin tu presencia,
si en todo miro aterrador amago?

¿Si miramos los dos, lentas y frías,
en duda y afán pasar las horas,
sin que calmen futuras alegrías
las nubes del pesar abrumadoras?

Imposible vivir así, llevando
la angustia en espíritu, la muerte;
imposible vivir agonizando,
sin luz el mundo y la existencia inerte.

¡Acaba, llega! ¡Que el hogar sin calma
es de mis penas íntimas remedo;
que tiemblo por los hijos de mi alma;
que la vida sin ti me causa miedo!

Diciembre de 1888.



¡ADELANTE!

A mi esposo.

DEJA a las turbas revolver audaces
de tus limpias acciones el tesoro,
buscando con qué herir de tu decoro
la austera dignidad.

Que ni la envidia ni ambición cobarde
dentro del pecho generoso abrigas,
ni los favores pérfidos mendigas
del aura popular.

Tú que del bien por la espinosa vía
firme, tranquilo, imperturbable avanzas,
y tus nobles y grandes esperanzas
en el estudio ves;
alta la frente, el ánimo sereno,
fija la vista al porvenir soñado,
irás contra los golpes escudado
de la pasión soez.

Irás, aunque se crucen a tu paso
los escollos que el mundo opone al bueno,
aunque apures la copa de veneno
que es premio a la virtud.

Que allá, como fanal que alumbra y guía
tras de las nieblas del presente oscuro,
brilla en los horizontes del futuro
del ideal la luz.

¿Qué son a la conciencia del honrado
los aplausos o el odio de un momento?
Rumores que se pierden con el viento
sin eco y sin valor.

Sólo perdura en brillo permanente
de la verdad la antorcha peregrina,
y tú vas, como a luz que te ilumina,
de la verdad en pos.

Julio de 1889.

PÁGINAS ÍNTIMAS

A mi esposo.

UMBRA

LA mirada sin luz, la mente ansiosa,
corto el aliento al pecho,
en ruda agitación se va la vida...
Allá perderse en la penumbra vaga
miro las prendas del hogar benditas,
mis hijos, en su cándido abandono,
ajenos al amago
de la suerte sobre ellos suspendida,
y tú, de pie, bajo el dolor inmenso,
nublada por el llanto la pupila.

RESURREXIT

BROTA la luz en deslumbrantes ondas,
el aire al pecho afluye,
el espíritu absorto se reanima,

y cunde y se dilata en las arterias
el ritmo palpitante de la vida.
Y bajo el ala cándida que extiende
sobre el hogar en gozo
ángel nuevo de paz que el cielo brinda,
surgiendo victorioso de las sombras
el cuadro de mi amor esplende al día.

Abril de 1894.

MI PEDRO (*)

MI Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.

¡Si lo vierais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.

Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.

(*) Esta composición se considera como la última que escribió la autora: en realidad, sólo las dos últimas estrofas son del mes de Julio de 1896; las cuatro primeras fueron escritas en Mayo de 1890.

Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi terneza
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!

VARIA

UNA ESPERANZA

Al Sr. D. Enrique Coronado. ()*

¡OH tú, que errante vagas, ausente de tus lares,
vertiendo en tristes notas tu amarga decepción!
Escúchame un momento, da tregua a tus pesares
y entrega a la esperanza tu *mártir corazón*.

No pueden, no, calmando tus horas de amargura,
llevarte mis cantares un eco del hogar;
mas pueden anunciarte que vívido fulgura
de redención el iris sobre el Caribe Mar.

Y pueden, sí, llevarte los votos que del alma,
colmados de esperanza, se elevan hasta Dios,
pidiendo para Cuba la bienhechora palma
que busca en los combates y del martirio en pos.

Mil veces ¡ay! me trajo la brisa confidente
de víctimas inermes los ayes de dolor,
y el grito de los héroes, enérgico y potente,
y de los bravos mártires el himno redentor.

(*) En respuesta a versos que el poeta cubano dedicó a la autora.

Y a cada nuevo lauro que alcanza en la pelea
la perla de los mares del mundo tropical,
dilátanse las fibras del alma que desea
levante victoriosa la frente virginal.

Se abate ya el orgullo de la arrogante España;
ya tiembla y retrocede, sin fuerzas, el león;
y en vívidos fulgores el horizonte baña
la *Estrella Solitaria* de augusta redención.

La perla codiciada del mundo americano,
la tímida cautiva, potente se alza ya;
y, el carcomido yugo rompiendo del hispano,
triunfante, de los libres el himno entonará.

La América latina con palmas y con flores
se apresta de ese triunfo la gloria a celebrar,
y anhela entre el estruendo de aplausos y loores
la redimida sierva sonriendo coronar.

1875.

EL AVE Y EL NIDO

¿POR QUÉ te asustas, ave sencilla?
¿Por qué tus ojos fijas en mí?
Yo no pretendo, pobre avecilla,
llevar tu nido lejos de aquí.

Aquí, en el hueco de piedra dura,
tranquila y sola te vi al pasar,
y traigo flores de la llanura
para que adornes tu libre hogar.

Pero me miras y te estremeces,
y el ala bates con inquietud,
y te adelantas, resuelta, a veces,
con amorosa solicitud.

Porque no sabes hasta qué grado
yo la inocencia sé respetar,
que es, para el alma tierna, sagrado
de tus amores el libre hogar.



¡Pobre avecilla! Vuelve a tu nido
mientras del prado me alejo yo;
en él mi mano lecho mullido
de hojas y flores te preparó.

Mas si tu tierna prole futura
en duro lecho miro al pasar,
con flores y hojas de la llanura
deja que adorne tu libre hogar.

1875.

IMPRESIONES

A José Joaquín Pérez, en respuesta a la dedicatoria de su colección de Fantasías indígenas.

QUEJAS del alma, vagos rumores,
lejanas brumas, rayos de luz,
fragante aroma de índicas flores,
himnos de guerra, cantos de amores
brotan al ritmo de tu laúd.

¿Quién, recorriendo tus *Fantasías*,
hijas del trópico abrasador,
vibrar no siente las armonías
de aquella raza que en otros días
poblar sus selvas Quisqueya vió?

Sobre la cumbre de las montañas,
de las palmeras bajo el dosel,
al grato abrigo de las cabañas,
y hasta en las grutas al hombre extrañas,
haces del indio la sombra ver.

Y el aire cruza triste lamento,
y el eco sueña del tamboril,
y al valle indiano, y al ave, al viento,
a todo presta tu blando acento
fuego, armonía, vida y matiz.

Y el *junco verde* que en la onda gira,
la *tumba sola* que arrulla el mar,
y el *ave errante* que allá suspira,
notas perennes dan a tu lira,
tristes historias llenas de afán.

Entre sus bosques afortunados
no escuchó nunca la indiana grey
dulces *areitos* tan acordados
como tus cantos privilegiados,
vagos preludios de ignoto edén.

Parece, bardo, que el genio ardiente
de estas regiones habitador
templó tu lira suave y doliente,
y en viva lumbre bañó tu frente
dando a tus ritmos inspiración.

Que si inspirado suena tu canto
poblando aéreo la soledad,
ávida el alma te sigue, en tanto
que dulces notas de nuevo encanto
fascinadoras haces vibrar.



Cuando al transporte del numen cedes,
cuando tu mano pulsa el laúd
y en la armonía fácil excedes,
¡ay, quién pudiera, como tú puedes,
dar a sus trovas música y luz!

Pues de una fama ya merecida
tus *Fantastías* vuelan en pos,
mientras acepto, reconocida,
de esos cantares llenos de vida
con noble orgullo la ofrenda yo,

¡oh de la patria de Anacaona
cantor amante, bardo feliz!
ciñe con flores de nuestra zona
la que prepara digna corona
para tus sienes el porvenir.

1877.

EN DEFENSA DE LA SOCIEDAD

*Pasad, pasad por las puertas,
preparad la calle al pueblo;
allanad el camino,
y alzad el estandarte a los pueblos.*

ISAÍAS, LXII, 10.

ESPÍRITU creador, numen fecundo
que en incansable actividad dilatas
de tu excelso poder las maravillas,
tú que perenne brillas
en las obras del bien, tú que arrebatas
a regiones sin fin el pensamiento
y extiendes con tu amor de mundo a mundo
las leyes del eterno movimiento:

¿Será que la preciada
sublime hechura de tu augusta diestra
condenes al reposo de la nada?
¿Será que aletargada,
de tu activo poder ante la muestra,
en indolente ociosidad rendida
admirándote ¡oh Dios! pase la vida?

No: despertad, los que del campo ameno
en la florida alfombra
sólo buscáis al ánimo sereno
horas de paz en ignorada sombra.
Alzad, los que siguiendo
de la corriente el agradable giro,
un anatema al popular estruendo
lanzáis, soñando más feliz retiro.

No es el orgullo quien levanta al cielo
pirámide grandiosa
y alzar pretende a lo infinito el vuelo:
es la chispa inmortal, que poderosa
la inmensidad fatiga,
y en constante anhelar y afán interno
hace que el hombre en su delirio siga
algo de grande cual su fin eterno.
Él solo es quien anima
del yerto mármol la materia dura,
el que las obras del Creador sublima
en paisajes de espléndida pintura
y al fuego fecundante de la idea
descubre mundos y portentos crea.

No todo es paz y amor, delicia grata,
allá del campo en el silencio amigo,
ni en cuanto abarca la inocencia mora:
también allí la tempestad desata
su furia destructora,

el áspid en las flores tiene abrigo,
y el ave de rapiña, turbulenta,
la presa entre sus garras atormenta.

No todo es vicio y confusión y horrores
entre el social tumulto:

tras ese velo de maldad y errores
luz halla el genio, y el Eterno culto,
palmas el bien y la virtud loores.

De un Dios también la majestad potente
se dilata en espacios sin medida
allí do el alma pensadora siente
bullir el mundo y palpitir la vida.

En solitaria calma
no se alza sólo hasta el Creador el alma,
ni del campo en la paz siempre vivieron
los pocos sabios que en el mundo fueron.

La sociedad que avanza
sus destinos altísimos comprende,
y al ocio opone varonil pujanza,
y a realizar su perfección asciende.
Es ella la que, activa,
los bíblicos asombros hoy renueva,
Moisés moderno que al desierto lleva
raudales de agua viva,
que al pueblo del Señor la senda traza
y resignado escucha
las voces de la turba que amenaza;

nuevo Josué que en gigantesca lucha
detiene allá en su esfera
del padre de los astros la carrera.

Por ella en lid de fama
raros prodigios el ingenio luce
y del mundo los ámbitos inflama;
al imperioso empuje de su vuelo,
vencida la distancia se reduce,
divídense los istmos,
descorren los espacios su ancho velo,
descubren sus secretos los abismos,
y preso en redes que la industria labra
lleva atónito el rayo la palabra.

Y esa es del hombre la misión sublime:
disipar del error la sombra densa,
y a la ignorancia que en tinieblas gime
llevar la luz de la verdad que piensa.

¡Oh soñadoras almas

que en pcrenne quietud y paz cumplida
anheláis a la sombra de las palmas
en ocio estéril enervar la vida!

Volved, no es ese el puesto
donde el deber, la humanidad que llora,
y el mismo Dios, a la inacción opuesto,
os mandan combatir hora tras hora.

Volad a las regiones
donde en lucha de honor el bien levanta

glorioso sus pendones
y a conquistar el orbe se adelanta.
¡El mundo pide luz, dadle ese rayo
que amortiguáis en criminal desmayo!

Habite ufano el labrador actiyo
los campos que fecunda,
mostrando al ocio esquivo
la honrada frente que el sudor inunda.
Corra el audaz minero
que fatiga la tierra y arrebatada
espléndido el venero
que en su senopreciado se dilata.
Vuele a poblar el campo abandonado,
abriendo al porvenir dignas contiendas,
el que de ciencia y de virtud llevado
domeña la cerviz de altivos montes,
descubre nuevas sendas,
ensancha los cerrados horizontes
y del desierto hasta el confín lejano
lleva los triunfos del progreso humano.

Mas ¡ah! los que rendidos
de la arena del mundo en el combate
lleváis del desencanto los gemidos
al corazón que de entusiasmo late:
¡paso a la inteligencial!
¡Desmayados atletas, apartaos!
Y vosotros, alumnos de la ciencia,

que fecundáis el caos
poblándolo de espléndidas creaciones,
no deis tregua al destino:
alza el estandarte a las naciones,
abrid a las virtudes el camino.

1878.

LA TRANSFIGURACIÓN

Al Pbro. Dr. Fernando Arturo de Meriño.

¡OH musa! El vuelo tiende
sobre la cumbre del Tabor radiante,
y, al fuego de la llama en que se enciende
la nube centellante,
alza de gloria el cántico triunfante.

Y dí cómo en sú altura,
postrado el Cristo' en oración sublime,
al cielo eleva la mirada pura;
mas no el pesar le oprime
ni acongojado en su plegaria gime.

Ni el ángel mensajero
le ofrece del dolor la copa amarga,
ni del suplicio que le aguarda fiero
la pesadumbre larga
rinde sus fuerzas ni su mente embarga.

No, que al martirio infausto
antes de humilde dobligar el cuello,
de las culpas del hombre en holocausto,
dejar patente y bello
de su divinidad quiere un destello.

Mirad: al ardua cumbre
sube inspirado, con segura planta,
y deja tras de sí la muchedumbre:
que para gloria tanta,
seguido de tres sólo se adelanta.

Y llega, y prosternado,
en éxtasis sublime se recrea,
y, al fuego de la fe transfigurado,
su frente centellea
encendida en los rayos de la idea;

y evoca entre el misterio
de la pasada edad sombras gloriosas
que dóciles se inclinan a su imperio,
viniendo presurosas
homenaje a rendirle fervorosas.

Allí su talla muestra
la gigante figura enaltecida
que a la luz del relámpago siniestra
sobre la cumbre erguida
promulgó del Siná la ley de vida.

Y allí el profeta ardiente,
el profeta del bien, que, peregrino
sin tregua perseguido entre la gente,
con ímpetu divino
en alas ascendió del torbellino.

Con ellos, inspirado,
de su trágico fin habla el Mesías;
de Moisés toma el código sagrado
y del divino Elías
la fe de las antiguas profecías.

Y así combina el Justo
los elementos de la Ley moderna,
el nuevo Credo, el Testamento augusto
que cual ofrenda tierna
legó a los hombres en memoria eterna.

¿Dó están los que sus huellas
siguieron al Tabor entusiasmados
y vieron de su faz las luces bellas?
Miradlos deslumbrados
y de asombro y pavor allí postrados.

Y en férvido arrebató,
el pecho ardiendo en sacrosanto fuego,
Pedro, el apóstol de la Iglesia ornato,
en exaltado ruego
la rienda suelta a su entusiasmo ciego;

y alzar en lo eminente
de la cumbre tendidos pabellones
pide en el rapto de su amor ardiente,
soñando en sus regiones
detener de la Ley a los varones;

cuando quedara inerte
mudo de asombro, porque el éter baña
fúlgida nube que destellos vierte
de claridad extraña
y enciende en viva lumbre la montaña.

Y voz de eco profundo
repite como el trueno en la eminencia:
«Mirad al Hijo en quien mi gloria fundo,
mi eterna complacencia:
oíd de su palabra la excelencia.»

La faz contra la tierra
los apóstoles vuelven con espanto
al eco de esa voz que los aterra;
y se disipa en tanto
de aquel prodigio el misterioso encanto.

Alzad, alzad la frente;
desierta está la cumbre centellante
que habéis de eternizar entre la gente,
y sólo allí, radiante,
sereno, al Hombre-Dios se ve triunfante.

Así fortalecidos
por un portento que la mente abruma,
seguidlo en vuestro asombro confundidos:
ni el labio ni la pluma
el brillo cuenten de su gloria suma.

Dejad que, entre el tumulto
de la iracunda plebe turbulenta,
blanco se mire de cobarde insulto,
y apure de la afrenta
la amarga hiel sobre la cruz sangrienta.

Dejad que el hombre ciego
desconozca su origen soberano;
que de esa sangre al generoso riego
germinará, lozano,
fecundo, el bien del porvenir humano.

Y luego, cuando el mundo
se encienda al rayo que en su frente brilla,
al orbe puesto en estupor profundo
cantad con fe sencilla
del Tabor inmortal la maravilla.

1878.

VÍCTOR HUGO

¡VEDLO! ¡Allí está! De pie sobre la cumbre,
mirando a todos con *piEDAD suprema*:
allí lo encontrará la muchedumbre
cuando en horas de afán y pesadumbre
del genio y la virtud busque el emblema.

1885

¡POBRE NIÑO!

*En la muerte de José María Pichardo
Pattin, discípulo de Hostos.*

AYER no más, al beso
de maternal ternura peregrina,
la vida te sonrió con embeleso,
dejando un rayo de la luz divina
sobre tu frente impreso.

Al verte, los que alzamos
el pendón sacrosanto de los buenos,
los que la fe del porvenir guardamos,
en ti, gozosos, de entusiasmo llenos,
un lidiador miramos.

Y ¡ay! el dolor se avanza,
se interpone a tu paso en el camino,
desfalleces al golpe que te alcanza,
y al peso abrumador de tu destino
se extingue de la Patria una esperanza.

EN LA MUERTE DE F. X. BILLINI

¡DEJADLO descansar! Heroico, fuerte,
ungido para el bien, se irguió en la vida;
cuyó luchando, y alcanzó en la muerte
alta victoria y fama esclarecida.

¿A qué llorar? De su labor fecunda
mirad las obras en conjunto vario:
bien puede reposar quien labra y funda
y edifica y combate: es necesario.

Al afligido, al huérfano, al anciano,
al demente infeliz, tended los ojos,
tended el corazón, tended la mano,
si honrar queréis del bueno los despojos.

Esas obras que ayer de su alma pía
surgieron al esfuerzo formidable
levantad en magnánima porfía
con base firme y vida perdurable.

Eso pide, eso espera el que, hoy dormido,
amar y redimir tuvo por gloria:
salvar sus ideales del olvido
es digno monumento a su memoria.

Abril de 1890.

MI ÓBOLO

*Para la fiesta a beneficio de
las víctimas del incendio del 3
de Mayo en la Ciudad Nueva,
de Santo Domingo.*

ESCOMBROS y cenizas en el suelo,
angustia en el espíritu sin calma,
eso guarda no más en desconsuelo
quien hogar tuvo ayer y en paz el alma.

Hoy abatida y contristada llora
la ruina y destrucción de sus hogares
inquieta multitud que al cielo implora
de su perdido bien en los lugares.

¡Ayudemos al triste en la contienda
para alzar las moradas destruídas!
Al concurso yo traigo por ofrenda
estas notas del arpa desprendidas.

¡Paso abridles! La lira del poeta
tiene tonos enérgicos y extraños,
que vibran como acentos de profeta
y almas conmueven y conjuran daños.

¡Paso abridles! La risa del sarcasmo
huya del labio que entreabrió la duda:
yo vengo con la fe del entusiasmo,
con esa fe que las montañas muda.

Allá en tiempos remotos, muy remotos,
en playas de estas playas muy distantes,
cuando en los climas vírgenes e ignotos
fijaban su mansión pueblos errantes,

de la lira a los mágicos acentos,
bajo un cielo de eternas claridades,
se vieron sobre sólidos cimientos
surgir muros y alzarse las ciudades.

¡Paso abrid a las notas de mi canto,
que intentan, con poder desconocido,
ir a enjugar del infortunio el llanto
y alzar los muros del hogar caído!

Espíritus que abate el desconsuelo
y vais sin tregua en la desgracia ruda:
hay seres que lamentan vuestro duelo,
hay socorros que van en vuestra ayuda.

Os brinda la esperanza alientos puros
que al pecho tornen la perdida calma:
tendréis albergue en que vivir seguros,
hogar tendréis en que espaciar el alma.

Mayo de 1890.

F E

En el cuarto centenario del descubrimiento de América.

LEJOS la costa y el hogar lejos,
mares y mares en la extensión;
no hay luz que alumbre con sus reflejos,
bate sus alas el aquilón.

¿Do va la nave, si no hay un puerto
que abrigo al nauta ni amparo dé;
si todo es sombra, si todo incierto,
si sólo abismos el terror ve?

¡Ay del piloto! La airada turba
con fiero amago blande el puñal;
pero al piloto nada conturba,
fijo en la imagen de su ideal.

Torpe en el eje la aguja oscila,
se muestra indócil al norte fiel;
pero el piloto nunca vacila
y el rumbo marca de su bajel.

Avante, avante la nave sigue,
rugiendo el hombre, rugiendo el mar;
avante, avante, mas no consigue
ver una orilla ni un puerto hallar.

Olas tras olas, mares y mares,
un sol que muere y otro después,
lejos, muy lejos los patrios lares,
y el negro abismo bajo los pies.

«¡Muera el alevel!»—la turba estalla—.
«¡Muera el que arrastra la muerte en pos!»
Pero el piloto la turba acalla
con este acento que inspira Dios:

«Dejad que brille la nueva aurora.»
La blanca aurora torna a lucir,
y de las ondas que el sol colora
surge la tierra del porvenir.

Octubre de 1892.

¡TIERRA!

¡TIERRA! ¡TIERRA! Los siglos conmovidos
evocan ese grito de la historia,
despertando los ecos adormidos
y al orbe haciendo estremecer de gloria.

Rasgado el velo del error oscuro,
ebria de luz, cual astro soberano,
de ese grito magnético al conjuro
la América surgió del oceano.

El enigma cayó: mudas de asombros
las vencidas edades se inclinaron,
y, el manto desciñendo de sus hombros,
al genio vencedor glorificaron.

No más el horizonte en lejanía
para el nauta será sombra y misterio:
ya se abre ruta en la extensión bravía,
ya toca triunfador otro hemisferio.

Ya no es el hombre el paria condenado,
ludibrio de las turbas en cinismo:
el torpe mundo, del error dechado,
con recio trepidar se hundió al abismo.

Contórnase la tierra en el espacio,
alcanza de los astros las carreras,
y concierta al espíritu reacio
el himno universal de las esferas.

Ancho campo que esplende en claridades
brilla deslumbrador ante la ciencia;
y es luz cuanto palpita en sus verdades,
y es luz cuanto se yergue en la conciencia.

Rotas las infamantes ligaduras
entradadoras de la humana idea,
descoge el pensamiento alas seguras,
vuela, investiga, y elabora, y crea.

Grito de bendición y de esperanza,
resuenas en los aires todavía...
Ningún acento de la Historia alcanza
tan hondo a socavar la tiranía.

Germen de libertad y de progreso
a tu acento brotó, fecundo y grande,
que desenvuelto en vigoroso exceso
fuerza de vida al universo expande.

¡Salve a la humanidad regenerada!
La inteligencia el porvenir encierra,
y audaz y firme, en su poder confiada,
avanza libre a conquistar la tierra.

Mientras el bronce al genio inmortaliza,
timbre y orgullo de la humana historia,
¡salve al grito de amor que simboliza
progreso y luz y redención y glorial

Octubre de 1892.

FIN

CORRIGENDA

La composición intitulada A LOS DOMINICANOS (página 8) debe llevar como subtítulo: *Después de la revolución de Noviembre de 1873.*

<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
7	15	<i>hosanna</i>	hosanna
11	13	su título	tu título
42	5	pueblo	polo
81	7	cuepo	cuerpo
91	3	su carrera	mi carrera
93	1	Cielos	cielos
96	10	hollar	hallar
104	14	en duda	entre duda
104	18	en espíritu	en el espíritu
133	5	cuyó	cayó
141	19	Historia	historia



